

Myrna del Carmen Flores



Frente al espejo

Frete Al Espejo

Myrna del Carmen Flores

Frente Al Espejo

Copyright © 2019 Myrna del Carmen Flores (ISNI: 0000 0004 7785 8523).

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede reproducirse en ningún medio electrónico o mecánico incluyendo sistemas de almacenamiento y recuperación, sin permiso por escrito del autor. La única excepción es para un crítico que pudiera citar un pequeño extracto en la reseña.

Este libro es un trabajo de ficción, nombres, personajes e incidentes son producto de la imaginación del autor o usados de una manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, eventos o lugares son meramente coincidencia.

ISBN: 9798600490123

Ilustración de portada: [Cinthia Urie](#)

Edición: Trinidad Ochoa

Gracias por comprar este ebook. Sigue mis redes sociales.



A Isabel.

A mis hijos a los que intento amar en libertad.

ÍNDICE

FRENTE AL ESPEJO

ÍNDICE

CAPÍTULO I

CAPÍTULO II

CAPÍTULO III

CAPÍTULO IV

CAPÍTULO V

CAPÍTULO VI

CAPÍTULO VII

CAPÍTULO VIII

CAPÍTULO IX

CAPÍTULO X

CAPÍTULO XI

NOTA DE LA AUTORA

“Es difícil encontrar la felicidad dentro de uno mismo,
pero es imposible encontrarla en otro lugar.” Arthur Schopenhauer

Capítulo I

“Envejecer es como escalar una gran montaña: mientras se sube las fuerzas disminuyen, pero la mirada es más libre, la vista más amplia y serena.” Ingmar Bergman“

Cecilia Dorantes evaluó su figura en el espejo de la recámara.

«Parece que durante la noche hubieran surgido nuevas marcas en mi piel», se dijo, en su rutinario monólogo.

Bajó la mirada e hizo una mueca. Suspiró con languidez, esta vez reparó en su cabello. Las raíces empezaban a notarse.

—Debería dejar de usar tantos químicos, doña Ceci. —Recordó las palabras de Juliana, la estilista, en su última visita al salón, quince días atrás, mientras levantaba el poco cabello que le quedaba—. Cada vez viene con más frecuencia, eso maltrata su pelo.

—Todavía no estoy dispuesta a ver todo mi pelo blanco. Todavía no.

—Es usted una coqueta.

—Lo he sido siempre, reina, no entiendo por qué debería dejar de serlo. Debiste verme hace cincuenta o sesenta años, todos volteaban admirándome al pasar por las calles.

—Sigue siendo bella, de una forma distinta, sus ojos conservan un brillo que le hace lucir fresca.

En realidad su tez morena no tenía tantas imperfecciones. Hubiera lucido encantadora con sus canas y su rostro fresco y limpio.

Cada mañana, se embadurnaba de máscara de pestañas y lápices de cejas, se pintaba sus labios de rojo, luego caminaba hasta el mercado central de la ciudad de Tepic que no estaba cerca, ahí compraba vísceras de pollo que eran una rutina en su alimentación. El ejercicio la ayudaba a mantenerse saludable, además de aparentar menor edad.

Al llegar, encendía uno de los dos cigarrillos que el doctor le permitía fumar. Antes las cajetillas duraban a lo sumo dos días; la edad le fue quitando cada uno de los placeres que disfrutaba.

Esa mañana, sin embargo, no asistió al mercado. Continuó mirándose en el espejo que la mostró fatigada, aunque no rendida.

«Estoy sola. Sí. ¿Qué importa? La soledad nunca me ha dolido. Me duelen los años, me duele el ocaso. Me vencerá la muerte, eso es innegable, a pesar de todo, no me vencerá la vida», le gritó a su imagen.

El pequeño dije de su cadena reflejó la resolana que entraba por el tragaluz de su recámara. Hacia juego con los diminutos pendientes de oro blanco con una esmeralda engastada que su nieto Leonardo le había regalado, de acuerdo con su gusto. Ella prefería los largos que le daban viveza a sus facciones.

Se alejó para observar su figura. La blusa con estampado abstracto en naranja provocaría reparos, sin duda; no obstante, su silueta esbelta le daba la oportunidad de jugar con los tonos. Había optado por un pantalón y unas botas de matiz pardo.

Reparó en la pintura vieja de las paredes, suspiró. Decidió que cuando David Wallace, su hijo, viniera a visitarla, le pediría ayuda en la restauración de cada detalle de la casona.

«Este año sí vendrá. Vivir en otro país, en estos días de aviones y computadoras no debería ser un pretexto para no hacerlo».

Caminó hacia la repisa de la sala, levantó una de las fotos. Su hijo de veinte le devolvía una sonrisa traviesa.

«Eras guapo, con todo, nunca superaste mi belleza», aseveró sonriéndole al joven de la fotografía.

La regresó, luego escogió otra distinta. En esta, él representaba al hombre en sus cincuentas que era ahora. En la imagen no estaba solo, la mujer que lo alejó de su patria lo abrazaba con fuerza, sus ojos verdes y su cabello rubio contrastaban con la piel morena de David. Junto a ellos los nietos y bisnietos.

Dejó los recuerdos de lado y caminó al jardín a observar las flores. Igual que cada día, les cortó las hojas secas, acomodó sus ramas y las regó. Nunca le había pesado ese trabajo, aunque esta vez la cansó. Se dirigió a la cocina que se encontraba en la parte trasera, característica de las viviendas antiguas. Comenzó a limpiar los muebles, intentado hacer relucir la madera vieja que a pesar de los productos usados, no ocultaban su antigüedad.

Al menos la casa tenía esperanza, con unas manos de pintura, enjarre o baldosas nuevas, quedaría como nueva, lo contrario a su cuerpo avejentado, que jamás recobraría la juventud.

Caminaba rumbo a la sala cuando escuchó el sonido de la puerta. No deseaba hacer esperar a su visitante. Podía escuchar el eco de sus pasos torpes. Jadeando un poco, la abrió, mostrando una sonrisa que se congeló al observar a una chica desconocida.

—Disculpe señora, me gustaría saber si ya cuenta con servicio de Internet y televisión por cable.

—Linda, deberías conseguir otro trabajo, tu piel es joven para que andes bajo el sol. Tu cara sufrirá los estragos.

—Gracias. Dígame, ¿ya cuenta con servicio de Internet y televisión por cable?

—No estoy interesada, lo siento, aunque puedes pasar. ¿Te gustaría tomar un vaso con limonada? Te hace falta hidratarte, así tu piel relucirá. Anda, pasa.

—Gracias, es usted muy amable, debo continuar con mi trabajo. Adiós.

—Adiós, linda, sigue mis consejos. ¿Quién tuviera tu edad? —dijo, observando a la chica alejarse con su caminar ramplón. Garbo, esa muchacha necesitaba garbo.

Las violetas y las jacarandas le daban colorido y aroma mágico al pueblo natal de Cecilia, Jiquilpan, Michoacán. Su bella plaza enmarcada por las cúpulas de su iglesia, atestiguaban la vida tranquila de sus pobladores a mediados del siglo pasado.

A sus dieciséis años, ella cuidaba su piel con productos de cocina; cepillaba su larga cabellera, hasta hacerla brillar, su pelo negro enmarcaba sus rasgos juveniles. Caminaba por las calles empedradas de su localidad con el donaire que le daba su juventud.

Los hombres la miraban al pasar, jóvenes o viejos. Ella sonreía moviendo sus pestañas, orgullosa de su porte. La crinolina de sus vestidos giraba al ritmo de sus caderas, acariciando sus piernas en un ir y venir. No dudaba en repartir sonrisas por aquí y por allá, aunque no se interesaba en nadie en especial.

Cada tarde caminaba hasta los sembradíos a llevar alimento a su padre y hermanos. El camino era largo; sin embargo, disfrutaba no ser flanqueada por ellos como en cualquier otro momento. Unos pasos con sabor a libertad.

Su belleza no escapó a la mirada de Alberto Fuentes quien decidió que sería su mujer; sin preguntarle a nadie, ni siquiera a ella. Un día al ir caminando por su pueblo, la subió a su caballo y la llevó a una ciudad lejana.

Fue él, igual que pudo ser cualquier otro; entonces, la costumbre de tomar a las mujeres sin pedir su consentimiento era común. Él no averiguó su deseo, ni ella lo expresó. Simplemente, se dejó llevar por donde su sino la iba conduciendo. Imaginó que atrás quedaba su padre y su violencia.

—¿Iremos lejos? —Fue su única pregunta.

—Sí. No volveré.

No hubo más conversación entre ellos durante el camino.

Cecilia contempló el pueblo por última vez, se despidió del reloj lateral en el Santuario del Sagrado Corazón, cuadas después, de su plaza principal. Contempló el río Jiquilpan, asida al lomo del caballo de Alberto Fuentes sin esperar mucho del futuro. No había jugado con la posibilidad de decidir sobre el suyo. No le pertenecía, lo entendió de pequeña.

No recordaba a su madre. Murió al nacer su hermano menor. La mayor, María, se hizo cargo de las labores, hasta años atrás, cuando Arturo Jiménez la llevó a su jacal, y para su padre fue como si hubiera muerto.

—A *la mejor* ella no quería irse —se atrevió a replicarle a pesar de su enojo, al saber de su huida.

—¿Eso qué cambia? Se *jue* con un tipo y no volverá a pisar el jacal. Y si alguna vez te miro *apalabrándote* con ella, no te va a quedar boca para volver a hacerlo.

Bajo la cara, para pedirle perdón a su hermana en silencio. No podía hacer más. La vería en el mercado, en la plaza, en cualquier lugar, sola o con ese individuo, no obstante, no podría ni mirarla de fijo para expresarle que aún la amaba. ¿Cuánto le costaría una mirada? ¿Y un roce? Acaso lograría rozar su brazo insinuando cuanto la extrañaba.

Ella era lo que más se parecía a una madre. A sus diez años, María se hizo cargo de todos. Hasta que Cecilia tuvo la fuerza suficiente para aligerar su labor.

Al faltar ella, supo a la perfección que la responsabilidad era toda suya. Incluso los golpes que recibía. Los de su padre y sus dos hermanos mayores.

Tiempo después, de la misma manera que María se alejó de todo aquello, ella lo hacía para siempre. No podría volver, aun si lo hubiera deseado.

El pasado parecía disiparse conforme las casas se hacían pequeñas hasta desaparecer de su vista. Le hubiera agradado ver el gesto de su padre al saberla lejos, y averiguar en cuál de sus hermanos recaería su rabia. Tuvo miedo por el pequeño, él todavía era un alma noble. Sin embargo, crecería y podría defenderse o descargar su furia en otra persona. Siendo hombre, en esa época y lugar, tendría la posibilidad de elegir su destino. Ella en cambio, seguía el camino que alguien le delimitó.

Tornó su mirada hacia el frente de la vereda. Jamás mirar las sendas que se han dejado atrás fue una máxima en su vida.

«Mirarlas te aprisiona, no te permiten avanzar».

Para ella, en la plenitud de su juventud, los recuerdos eran imágenes irreales. Símbolos de cosas que no existen.

El caballo se detuvo frente a una pequeña y solitaria casucha rodeada de árboles frutales y tierra sin sembrar. Había algunas cabras en un cobertizo sostenido por unos troncos podridos que amenazaban con derrumbarse, y un camino de terracería que separaba su jacal de otro un poco más grande. A lo lejos parecía haber otras chozas, demasiado lejanas para poder apreciar su tamaño.

—Métete —instó Alberto.

Ella obedeció con lentitud. No era un sitio desagradable, si acaso un tanto sucio y descuidado. Supuso que con trabajo, podría llegar a ser apacible. En un solo espacio estaba la cama, unas sillas una pequeña mesa y del otro lado del cuarto, la estufa de leña junto a una especie de alacena de madera.

Él rompió los tablones que estaban en la cocina golpeándolos contra el piso para convertirlos en leña para la estufa. Encendió el fuego con facilidad.

—Hierve el agua del café, traeré leche de las cabras. Hay unos panes viejos por ahí para esta noche, ya mañana prepararás algo.

No hablaron durante la cena. El pan estaba duro, por lo que debía comerse despacio, el café le dio suficiente alivio a su cansancio. Se levantó a lavar las tazas sucias. Luego se quedó parada a un lado de la mesa, mirándolo.

Él se quitó la camisa mientras avanzaba hacia ella. Era quince años mayor, agradable a la vista.

—¿Tienes miedo? —su voz varonil, le preguntó al oído mientras ella se estremeció al escucharlo.

—No.

—¿Por qué no?

—¿Debería estar asustada?

—Claro que sí. —La besó con rudeza. Con su nula experiencia, ella respondió de igual manera. La noche le ofreció la idea de una vida tranquila y simple.

Había crecido de modo natural, su padre ordenaba, ella obedecía. Era imposible que algún sueño llegara a su corazón. Solo seguía una rutina, igual a la anterior. El mundo era pequeño para ella en ese momento. No tenía suficientes ilusiones así que cualquier cambio que se le hubiera presentado, le parecería algo bueno.

Lo hubiera sido; sin embargo, pronto descubrió que ese señor varonil que la hacía sentirse hermosa al tocarla, se transformaba en un ser perverso si lo dominaba el alcohol.

Al principio, conoció una calma que nunca había tenido. No le inspiró algún sentimiento, aunque le era agradable, sobre todo porque la había alejado de su padre.

Se levantaba por las mañanas, despedía a Alberto, y comenzaba la limpieza de la pequeña vivienda. La pobreza continuaba rodeando su entorno, si bien, no era algo que le molestara.

Él regresaba al atardecer, cansado de trabajar bajo las órdenes de un hombre con suficiente dinero para pagarle por labrar sus tierras, mientras las propias se secaban por falta de capital para poder trabajarlas.

Se sentaba a la mesa y ella servía su comida. No había más palabras que las necesarias para convivir en armonía.

Los vecinos eran personas agradables. En la vivienda más cercana, vivía un matrimonio con tantos niños que era difícil distinguir uno del otro. En otra, una pareja mayor cuyos hijos habían partido a vivir su propia vida, y otros hogares con diferentes historias, sin oportunidad para convivir, cada uno pasaba sus días enfocado en sus propias labores.

Un comienzo con aparente calma, para enseguida regresar a la rutina que vivió con su familia.

Una noche él llegó atontado por el alcohol, gritando más palabras de las que hubiera pronunciado con anterioridad. Ella no dijo nada y colocó el plato de comida sobre la mesa.

—¿Qué le echaste a la sopa, sabe a veneno?—Arrojó el plato contra la estufa. Se aproximó hacia ella que alzó los hombros, cerró los ojos y agachó la cabeza—. Ya debías aprender a hacer las cosas. Él golpeó su espalda varias veces con su puño.

—Con el dinero que me da no me alcanza —insinuó, al tiempo que levantaba su rostro.

—Lo único que quieres, el dinero —le gritó, empujándola, esta vez contra la alacena. Cayó al suelo, él pateó su costado—. Ya te enseñaré a manejar lo que te doy. Recoge el tiradero. No sabes ser mujer.

Esa escena se había repetido muchas veces, lo suficiente para considerarla cotidiana. Los golpes, los gritos, el dinero malgastado en botellas de aguardiente que lo convertían en un ser violento, todo contribuía a su desdicha.

Lo que en un principio sucedía una o dos veces por semana, se convirtió en una costumbre diaria, que transformó su esperanza de dejar atrás la violencia, en desilusión y amargura. Sobre todo al terminar la temporada de siembra, cuando él permanecía en casa.

Ni siquiera tenía el consuelo de ser madre. Después de más de tres años de convivencia, su relación no había dado frutos, a pesar de que ella lo hubiera considerado un aliento.

—Eres una hembra seca —le dijo él tras golpear sus entrañas—. Te voy a dejar, buscaré una vieja capaz de darme un hijo.

—Se lo he escuchado tantas veces, a pesar de todo, jamás lo cumple.

—¿Qué estás diciendo? —Se agachó para acercar su puño a su rostro.

—Perdón, no sé lo que estaba diciendo, recogeré las cosas y le prepararé algo.

—Ya no quiero nada.

Abrió una de las botellas que había traído consigo y continuó a bebiendo.

El temperamento de Cecilia emergió. La rabia comenzó a fluir en su corazón, llegando hasta su mente. Lo imaginó durante semanas.

Las ratas eran habitantes comunes de ese lugar; el veneno estaba en la alacena. Lo puso a su lado junto a las otras botellas, al momento que la embriaguez de Alberto fue completa. Ella se metió en la cama, dejando a la suerte hacer su labor.

Él mismo ingirió la botella, ni siquiera saboreó la diferencia del ron que había estado bebiendo durante días.

Por la mañana, encontró su cuerpo en la silla. La cabeza descansando sobre la mesa junto a las botellas, como siempre que amanecía bebiendo, algunas vacías, otras con algo de líquido. Se

acercó con lentitud. Empujó su hombro. No era la primera vez que el alcohol lo había dejado inconsciente por largas horas. Agarró un tenedor y picó su espalda, no hubo reacción.

Al acercarse, apreció la sangre en sus orejas y nariz. Observó la botella del veneno unos instantes. La escena quedó intacta cuando corrió con los vecinos pidiendo ayuda. Cruzó el camino que los separaba, con pesadez, luego, tocó la puerta.

—Algo le pasa a mi señor —atinó a decir, sin emoción.

Nadie en la localidad objetó la causa de la muerte. Confundió las botellas debido a su ebriedad. Si él no hubiera estado intoxicado, no se habría equivocado de botella. Fue cosa del azar.

Días después del sepelio, depositó su ropa en una bolsa de mimbre, y en otra más pequeña guardó quesos y pan recién preparado, sujetó las cuatro cabras y el caballo de Alberto, luego buscó a la única persona en los alrededores que podría pagar por los animales.

No fue mucho lo que obtuvo de ese trato, Ese señor sabía aprovechar las oportunidades y ella no conocía el precio justo. Lo que había aprendido en su escuela rural, no le había enseñado a negociar. Se alejó con escaso dinero, sin un rumbo definido, en cualquier caso, libre, por primera vez.

Capítulo II

“Nadie aprende, nadie aspira, nadie enseña a soportar la soledad.” Friedrich Nietzsche

Sentada en el sofá, Cecilia Dorantes metió su meñique en un hoyo de la tela, haciendo círculos pequeños en un movimiento inerte. En seguida tomó el control de la televisión. El ruido monótono de la voz de la conductora de las noticias era más una invitación a observar su atuendo moderado, los movimientos de su boca al hablar, o el cabello suelto que caía en ondas sobre sus hombros. Apretó el botón de silencio.

Caminó hacia la ventana y observó el trajín de los transeúntes. Uno, dos, uno, dos, uno, dos; el ritmo de sus pasos simulaba el de las canciones modernas. Sonrió al comparar el sonido de los suyos, uun, doos, uuun, doos. Una balada lenta y cursi.

Se desplazó hacia el sillón, justo al sentarse, escuchó un golpeteo en la puerta. Frunció el entrecejo. Uun, doos, uuun, doos, solo tres pasos más para alcanzar el picaporte.

—Hola abuela, ¿cómo estás? —La expresión traviesa de Leonardo con su mirada retadora a la vez que amorosa, le hicieron responder a esa sonrisa.

—No tan bien como usted, jovencito.

—Abuela, por favor —respondió sonriendo aún—. Vas a comenzar la cantaleta de hablarte de usted. Pensé que había quedado claro que no existe una sola persona, a la que le hable de esa forma. Debo irme pronto. —El joven avanzó sin preámbulo y colocó las bandejas sobre la mesa del comedor.

—¿No te quedarás a comer? Ayer al teléfono dijiste que comerías conmigo. Hace tiempo que no te veo.

—Así es abue, surgieron unos compromisos que no pude cancelar. Prometo que la próxima vez sí me quedaré toda la tarde. De cualquier manera, te traje la comida como lo prometí. Pasta, verduras, y una carne con bastante picante, sé bien que amas el picante, ah y un trozo de pastel de postre.

—Gracias Leonardo, siempre tan amable. —ella sonrió, luego dirigió la mirada a la puerta que en todo momento permaneció abierta.

—Bueno, debo irme. Disfruta tu comida. Está excelente, la compré en Freddie's, un nuevo restaurante que se ha vuelto popular. —Dobló las rodillas, agachó la cabeza y la besó en la frente —. Te amo abuela. Nos veremos pronto.

Ella asintió, contemplándolo hasta verlo salir. Era un hombre apuesto y varonil de cabello negro y barba naciente. Se acercó a la ventana, levantó la cortina, pudo ver pasar el vehículo del chico y a la joven sentada a su lado.

Tan pronto este se alejó, recogió las bandejas, vació el contenido en la basura. Se cambió los aretes por unos de tejido de los cuales colgaban hilos azul verdes casi tocando su hombro. En seguida sujetó su bolso y se dirigió al mercado; con seguridad, el puesto de don Rutilio, permanecía abierto.

Poco después, el olor del caldo de las patas de pollo y las verduras impregnaron la cocina, una sensación en su estómago le sugirió que su cuerpo necesitaba alimentarse. Tenía horarios fijos para sus comidas, si bien, hoy su nieto le había causado un retraso de más de una hora.

Asió el salero del estante y colocó una cantidad en su palma. Vertió una parte en el líquido y el sobrante lo eliminó de su mano en el agua de un pequeño balde.

«El agua se volvió salada igual que el océano», pronunció en voz alta en un diálogo imaginario con su segundo marido.

»¿Recuerdas, Rogelio, cuánto añoraba conocer el mar?

»Prometiste cumplirme ese sueño.

»La suerte tenía otro destino para ti.

»¿A dónde puedo ir con mis pasos lentos?

»Cada nuevo día es una repetición de momentos ya vividos. Debo luchar con mi cabello blanco, con mi cuerpo marchito y mi propia conciencia.

»No me dejaré vencer. Es una promesa que a diario me hago a mí misma, en seguida continuó con mis rutinas.

»Siempre he sido fuerte. No comenzaré a alimentar mis debilidades.

Comió, disfrutando cada cucharada de ese líquido que preparaba todos los días, sin variación.

«La costumbre nos da el arraigo, cuando el calor humano o el cariño de alguien más no pueden crear apego. La vejez a veces se vuelve sinónimo de nostalgia.

»No son los años los que pesan, ni siquiera los dolores corporales. Duele el olvido, el desamor de quien se supone debería sentir algún afecto por nosotros.

»Los pecados cometidos, los errores, los cobra la vida, la juventud nos hace sentirnos fuertes, invencibles, la vejez pone a cada uno en su sitio.

Lavó los platos con lentitud, los secó y los acomodó en la alacena. Cada plato a una distancia similar, cada taza con el asa hacia delante, las ollas en la parte de abajo con su tapa colocada de forma inversa, de la más pequeña a la más grande. No eran muchas, sí demasiadas para ella. Un día las usaría, cuando su hijo llegara a visitarla.

En Zapotlán, Jalisco, la joven Cecilia sonreía al pasar con las bandejas de comida para las mesas, saludaba a los clientes con su voz pausada, entregaba los platos con la gracia en sus manos, giraba coqueta hacia la cocina, al instante regresaba para limpiar la mesa que los comensales habían dejado libre.

Rogelio Miramontes no había faltado a cenar durante meses. Se sentaba en la misma mesa, observando el ir y venir de la joven, mientras saboreaba sus alimentos.

Ella lo notaba, como lo hacía con las miradas de otros. Sonreía al verlos, agitaba su cabellera y se acercaba despacio para atenderlos. De esa manera aseguraba mejores propinas.

Entró con pasos flemáticos, dirigiéndose a la mesa de costumbre. Cecilia levantó una ceja y le sonrió.

—Buenos días don Rogelio. ¿Puedo tomar su pedido?

Sus ojos color miel hacían contraste con el bronceado de su tez, su cabello castaño con algunos destellos claros contrastaban con la apariencia de los clientes asiduos del lugar.

—Hace meses que vengo, hablamos de tantas cosas, sin embargo, todavía me pones ese “don” que me avejenta. ¿Te parezco un viejo? ¿Cuál es tu edad?

—Veintidós. —Él se sorprendió.

—Pensé que no llegarías a los veinte. Yo tengo treinta y dos, no soy un anciano. Llámame Rogelio, nada más.

—No puedo. No me está permitido tener tanta confianza con los clientes.

—Tiene solución, entonces, deja de trabajar aquí, cástate conmigo. —Ella lo miró sin ninguna expresión—. ¿Me escuchaste? Quiero que te cases conmigo.

—¿Por qué?

—Esperaba asombro, burla, hasta un no rotundo, no esa pregunta. ¿Por qué se casa la gente?

—He escuchado que se enamoran.

—¿Lo crees? ¿Crees que la gente se ama y por eso se casa? —ella alzó los hombros y torció la boca. —Él rio—. Entiendo que las razones pueden ser diversas, tantas, como personas hay en el mundo.

—¿Cuál sería la mía para aceptar?

—No te amo, y no mentiré diciéndote que lo haré. Necesito una compañera. —Ella buscó al gerente con la mirada, luego se sentó a su lado.

—¿Por qué yo?

—Me gusta la belleza. Adoro la armonía. ¿Qué me respondes? Si me aceptas, nos casamos de inmediato. Te llevaría a vivir a Guadalajara. —Acercó su rostro al de ella bajando la voz, señaló—. Tengo una buena posición financiera, junto a mí no te haría falta nada.

—Siempre he soñado vivir en una gran ciudad. —Ella se acercó a su oído—, en todo caso, esto es extraño. —Él se alejó. Observó la mesa. Luego la miró a ella.

—Es una aventura. ¿Acaso prefieres tu vida tal como la vives?

Ella se recargó en el respaldo de la silla. Observó la mueca molesta del gerente. Se quedó en silencio unos segundos.

—Está bien. Me casaré contigo —le respondió.

Cecilia lucía esplendorosa el día de la boda. El vestido blanco diamante resaltaba su piel morena. Llegaba a sus tobillos, tenía un escote ojal discreto que seguía la línea exquisita de su clavícula. La manga tres cuartos inspiraba romanticismo y a la vez, practicidad, el plegado a la cintura y el ajuste en su cadera le daban un toque femenino y sensual. Los guantes terminaban en las muñecas, otorgándole la elegancia, común en esos años.

—Luces divina, Cil. ¿Puedo llamarte así? —exclamó, al observar a la chica que acababa de abrir la puerta.

—¿Cil? Me gusta. Tú también luces excelente con ese traje.

Él agradeció y le ofreció su brazo para escoltarla al auto estacionado frente a su vivienda. Lo cual fue un alivio, ya que no acostumbraba usar zapatillas tan altas, ni tan costosas, eran de color marfil, sencillas, si bien, refinadas, elección del novio, igual que el vestido. El pelo recogido, con una fina tiara de azahares era su único accesorio.

—Tardaste.

—Lo sé, linda, tenemos el tiempo justo para llegar al registro civil.

Fiel a su costumbre, ella no hizo preguntas, no sabía si su familia asistiría a la boda, sus amigos, quizás. De su parte solo iría su compañera de trabajo. Nadie más era cercano para invitarlo.

Llegaron con rapidez al hermoso edificio de la municipalidad, desde donde podía apreciarse el hermoso quiosco de la plaza. Los testigos fueron, su compañera y las secretarias del juzgado. Nadie fue invitado por él.

Una hora más tarde viajaban por carretera hacia la ciudad de Guadalajara. Una pequeña bolsa de tejido que guardaba todas las pertenencias de Cecilia y cuatro maletas ocupaban el asiento trasero.

—Cil, ¿Observas la maleta rosa?

—Ajá.

—Tiene tu ropa.

—¿De qué hablas?

—Te escogí tu nuevo vestuario, espero que no te moleste. No pregunté tus preferencias porque deseaba que fuera una sorpresa. Créeme, te gustará. Cada prenda la elegí para ti. La vendedora me ayudó, y supongo que mi gusto no es terrible.

—De cualquier modo, no hubiera sabido que decirte, no sé lo que me gusta. Mi ropa la elijo de acuerdo al precio.

Capítulo III

“Todo el mundo ve lo que aparentas ser, pocos experimentan lo que realmente eres.” Maquiavelo

Cecilia Dorantes tenía cuatro nietos que amaba, y tres bisnietos que no conocía. Cuando David, su hijo, se casó decidieron que lo mejor era vivir en Estados Unidos. Según Briella, su esposa, allá les sería fácil hacerse de un buen futuro. La vida por allá fue tan buena, que pocas veces la visitaban.

Se acercó a la repisa a observar las fotografías. Esta vez eligió una en la que ella estaba cargando a su nieta Samantha, de un año, mientras Vincent de cinco, se abrazaba asustado a la pierna de su papá. No entendía el español, eligieron no confundirlo hablando otro idioma. Ya aprendería luego. Para el pequeño, la absurda señora con demasiada edad y una plétora de palabras incomprensibles era algo menos que una extraña.

Fue una visita rápida para realizar algún trámite que no recordaba. Les tomó el tiempo exacto de la resolución de la diligencia para regresar a su país. Unos días de bullicio, seguidos del silencio absoluto que solo las voces anodinas y estridentes de la televisión interrumpían.

Seis años después, una nueva foto. La familia completa posaba sonriente al lado de la desconocida abuela extranjera. Vincent aún no conocía una palabra del español, lo contrario a Samantha de siete, y más vocabulario mexicano del que pudieran pronunciar algunos vendedores del mercado.

—¿Tu papá te enseñó? —preguntó conmovida. Mientras le enrollaba una tortilla con nata a la pequeña.

—No. Fue *nanny* Minerva. También intenta enseñar a Leonardo, y eso que él solo dice palabras sin sentido. Solo es un bebé.

—¿Tu nana?

Tenía que agradecerle a Minerva, le había enseñado español no solo a sus nietos pequeños, sino años más tarde, a dos de sus bisnietos, los gemelos de Samantha.

—Sí, ella es de México, abuelita; ama este país.

—También es tu país.

La niña abrió los ojos sorprendida.

—¿Cómo es eso?

—Tu papá nació aquí, por lo tanto la mitad de tu cuerpo pertenece a México.

—Mi esta mano es mexicana y mi otra mano es americana.

—“Mi esta mano”, no, solo mi mano.

—No abuelita su cuerpo todo, sí es de aquí.

Sonrió mientras contemplaba a la pequeña saborear la comida de su propio país.

De algún modo esa conversación influyó en la vida de Samantha, su cuerpo todavía se dividía entre dos naciones. Vivía en el norte, en Juárez, iba y venía a los dos países, de cualquier modo, pocas veces la visitaba.

Dejó la fotografía, sujetó el teléfono, al instante volvió a colocarlo. Solía llamarla si se cansaba de esperar que Sam lo hiciera; sin embargo, había decidido no hacerlo más. Por lo regular, le respondía una máquina que custodiaba los deseos de Samantha de no ser molestada. A

veces, pocas, tenía suerte y conseguía escucharla unos segundos. Siempre había algo que necesitaba su atención. Recordó la última vez que habían hablado.

—*Gramma*, se lo he explicado varias veces, *sweetie*, solo tiene que abrir la *app* y puede comunicarse conmigo *anytime*, debido a mi trabajo, estoy *online* desde temprano, así sería más sencillo estar en contacto —insistía Samantha a través del aparato—. No tenga miedo, verá que es fácil de aprender.

—No es para mí, Sam, no me gustan los celulares, menos una computadora. Además, si no te marco yo, no hablaríamos jamás. No me gustaría terminar recibiendo mensajes de una de tus secretarias.

—¡Ay abuela! Te amo, *pretty*, pero debo irme, tengo una reunión trascendental.

—Adelante, Sam, me encantaría verte, si no sucede, recuerda que siempre pienso en ti con cariño.

—Un beso, *gramma*, *bye*.

Escuchó el clic de llamada terminada. Hacía más de cuatro meses que no había vuelto a llamarla. Decidió esperar que recordara su existencia, y tomara el teléfono para saber de ella. Quizá nunca pasaría, en todo caso, seguiría recordándola igual que lo dijo en su despedida, con mucho cariño.

Rogelio Miramontes tomaba su brazo, Cecilia se sentía más cautiva que protegida. Contempló la dureza de su mandíbula; sus reacciones, no obstante, le parecían de defensa, no de ataque.

Se estacionaron dos cuadras antes, a petición de Rogelio que necesitaba, según sus palabras, un poco de aire para refrescar su mente. Dejaron las maletas en el automóvil, a excepción de la maleta rosa, de la que ella no deseaba separarse.

La residencia estaba ubicada en una colonia residencial de la ciudad de Guadalajara. Una calle limpia con árboles en las banquetas, podados con cuidado. Ella sentía el frío del otoño en su piel, aunque dudaba si el temblor de su cuerpo se debía al fresco, o la estremecía el próximo enfrentamiento entre él y su madre.

Un telegrama con las frases necesarias, fue el anuncio que ella recibió acerca de su unión. Por lo que la joven podía imaginar el disgusto de la señora.

Un perro olfateó sus pies. Era extraño ver un animal simple y maloliente paseando por esa calle de viviendas con capacidad para albergar animales de mejor raza. Los jardines con olor a gardenias, frente a enormes puertas de madera en concordancia con los amplios ventanales, le parecieron chocantes comparados con las pequeñas casas donde ella había vivido.

A diferencia de aquellos barrios, nadie merodeaba en la calle. De haber sido su pueblo, cada uno de los vecinos hubiera salido a recibir a la extraña pareja que se aproximaba a su nuevo hogar.

Él apretó su brazo un poco más, presintiendo tal vez, sus ansias de salir corriendo. No la hubiera detenido ni el esfuerzo al correr por esas calles que subían y bajaban a capricho del relieve del lugar.

Analizó su expresión; parecía sereno; no obstante, no sonreía. Era un personaje tranquilo, apacible, diferente a los que le habían rodeado desde niña. Un poco indolente, tal vez.

Frente a la puerta abierta, se asomó la figura de un señor regordete de poca estatura.

—Buenas tardes, Fidel.

La voz ronca del hombrecillo discordaba con su aspecto.

—Buenas tardes joven. Ojalá haya tenido un viaje placentero. Su madre lo espera... Los espera.

Ella correspondió a su sonrisa, era un personaje agradable; no obstante, estaba segura de que la simpatía de aquel, no tendría ningún peso en su recibimiento.

Caminaron a lo largo del jardín hasta llegar a unas escalinatas en la parte central del edificio. La puerta de hierro forjado rechinó al abrirse, dispuesta a apoyar a su dueña.

—Bienvenidos.

Antonia, su madre, estaba en la escalera. Dirigió la mirada hacia uno, en seguida a la otra sin dejar de sonreír. De nuevo el temblor recorriendo su piel. Esa sonrisa indicaba algo por completo distinto a la alegría de un recibimiento.

Miraba hacia el frente mientras bajaba con lentitud, usaba el pie derecho, continuaba con el izquierdo, derecho, izquierdo, a un ritmo pausado y enérgico a la vez. Sus brazos permanecían a sus costados, no acariciaba la balaustrada. Su esbelto cuerpo parecía tener la medida exacta del centro de los peldaños. No pudo evitar sonreír ante la idea de que un pie hubiera trastabillado, quitándole la majestuosidad de su presentación.

—Me imagino que el viaje ha sido placentero —expresó dirigiendo la mirada hacia él.

—Lo fue, madre.

—Me alegro. En cualquier caso, debo decirte que contrario a tu viaje, recibir la noticia de tu enlace, siendo un hecho consumado, sin ofrecerme la deferencia que al ser tu madre merezco, no

fue en absoluto algo satisfactorio.

—En verdad lo lamento. Fue una decisión repentina.

—Preciso que comprendas, disculpa, ¿cuál es tu nombre? —inquirió la mujer con fastidio, mirándola por primera vez de forma directa.

—Cecilia Dorantes.

—Bastante ordinario. No intentaré ocultar la molestia que me causa que no hayas pedido mi consejo en la elección de tu esposa. Ante los hechos no hay mucho que pueda hacer. Te decía que es forzoso guardar ciertas apariencias. Le diré a mis amistades que la premura de su unión se debió a la sorpresiva muerte de tu padre. No hubiera sido correcto que te dejará sola, tampoco lo era que viajaras con él sin un matrimonio de por medio—. La joven abrió sus ojos asombrada e intentó decir algo, Antonia colocó su palma frente a su cara. —No comencemos nuestra relación con reclamos y desobediencias de tu parte. Fidel llevará tu equipaje a tu recámara, él te mostrará el camino. Mi hijo y yo tenemos algunas cosas que hablar.

—Pero...

Un suspiro y una ceja levantada le indicaron callar.

—Dime, ¿tendremos una lucha cada vez que te de una orden? Este día comienza a cansarme. ¿Podrías seguir a Fidel? En verdad necesitamos estar a solas.

Él le suplicó cordura con la mirada. La docilidad ya no era una característica de la personalidad de Cecilia; no obstante, ya llegaría el momento adecuado de luchar.

—Adelante, lo sigo.

La recámara era más grande que cualquier lugar en el que hubiera vivido. La colcha de la cama era suave al tacto, similar a una caricia. Las paredes pintadas de tonalidad arena contrastaban con las cortinas marrones, el ventanal de fierro café oscuro y los muebles de madera tallada de color caoba. Muros sobrios con solo dos representaciones de un mar tranquilo al anochecer. El espejo de cuerpo entero le devolvió la visión de su figura perdida entre cada espacio. Antonia tenía razón, no era un territorio al que perteneciera.

—Dejaré su maleta junto al sillón, señora, la muchacha de servicio vendrá enseguida a guardar su ropa.

—No es necesario, puedo hacerlo yo misma.

—Señora, usted...

—Puedes llamarme Ceci, ambos sabemos que no duraré en este sitio. Y te repito, prefiero acomodar mi ropa yo misma. No me gusta que nadie toque mis cosas.

—Entiendo señora. —Ella reprobó sus palabras con una mirada—. Lo siento, señora Cecilia.

Sonrió. Podría llamarla del modo que él quisiera, estaba consciente que el papel de señora estaba lejos de serle otorgado. Suspiró, al imaginar las batallas que se librarían ahí.

Abrió su hermosa maleta rosa donde descubrió un tesoro que nunca soñó poseer, ni siquiera poder tocar. Un vestido azul cian de corte evasé, corto, comparado con las prendas que acostumbraba usar. Otro amarillo limón, estampado con flores azul verde y mangas en capas, con un hermoso peto unido a hermosas cuchillas que le daban una caída sutil. Otro violeta, un traje de falda y blusa rosa pálido, otra falda a cuadros en tonalidades verde pasto. ¡Pantalones! Nunca había usado pantalones, unos anchos otros cortos y ajustados.

Acomodó cada prenda con sumo cuidado, no quería maltratarlas, rozó las telas, y su suavidad le devolvió la caricia. Se acercó a una de ellas para familiarizarse con su olor. Olían a ropa nueva mezclada con belleza y cambio. Un aroma distinto a cualquier otro que hubiera percibido.

Continuó vaciando la maleta. Encontró calzado de distintos matices y materiales, desde

zapatillas de charol, sandalias de telas de tonos llamativos, hasta largas botas finas y costosas.

No faltó la ropa interior, fina y elegante. Él había pensado en todo. Las medias caladas, los fondos y pijamas con sus batas de telas ligeras.

Se acercó de nuevo al espejo y examinó su atuendo. Un vestido gris pardo a la altura de los tobillos con cuello redondo y mangas simples. Las sandalias negras, gastadas, con un tacón pequeño. Tocó la tela de la prenda, la sensación fue opuesta a la ropa que había sentido unos momentos antes. Comprendió la mirada de desaprobación de Antonia Miramontes.

Había vaciado la maleta con excepción de una caja. La abrió con rapidez y pudo observar toda clase de accesorios. Aretes largos, cortos, pulseras con piedras brillantes, collares con dijes grandes y pequeños, diademas de diferentes colores. No había omitido nada.

Escogió una banda cian, y el vestido del mismo tono; los alineó en la cama junto a unos aretes y un collar magenta y debajo colocó unos zapatos de charol negros.

El cuarto de baño no era distinto, jabones y champú de aroma exquisito entre otros productos desconocidos. Sus pies descalzos sintieron la textura del piso suave, y a la vez poderosa para evitar resbalarse.

«Tengo una buena posición». Fueron sus palabras ese día en el restaurante. No les dio demasiada importancia entonces, porque no tenían un verdadero significado para ella, hasta ese momento.

Se vistió con el atuendo elegido, luego observó el resultado en el espejo, se acercó y se alejó, observando cada detalle. Era como mirar a otra persona. Le pareció ver morir a la antigua Cecilia, debía empezar a conocer a esta nueva mujer que veía en el reflejo.

—Luces magnífica, Cil —señaló Rogelio al ver su atuendo al momento de entrar en la recámara—. El asombro de mamá será enorme. No pude elegir una mejor compañera.

—Me siento extraña.

—Es normal. Una nueva ciudad, una nueva residencia.

—No es esta casa, soy yo la que está fuera de lugar.

—De la misma manera que ha cambiado tu imagen exterior, experimentarás una transformación, Cil, lo podrás sentir, y estoy seguro de que te va a gustar lo que descubras de ti misma. Ahora, bajemos a cenar, mamá nos espera.

Más tarde, Rogelio miraba el jardín a través de la ventana. La luna brillaba aminorando la oscuridad, dejándose ver con intermitencia en el cielo nublado. Las ramas de los árboles se agitaban con lentitud con la misma templanza de quien los acechaba.

Ella se le acercó y recargó su cabeza en su espalda, al hacerlo sintió su temblor. Acarició su brazo con languidez.

—Gracias.

—¿Por la ropa?

—Por todo. Por mostrarme un mundo que no conocía, que me asusta, pero me atrae conocer.

Volteó para mirarla al tiempo que acariciaba su cabello.

—Me agrada que estés aquí, tu presencia me fortalece.

Ella puso sus manos atrás de su cuello, y le dio un beso en la barbilla, aún con la altura de sus zapatillas tuvo que pararse de puntas para alcanzarlo, luego acercó sus labios a los suyos. Una caricia simple, preludio de la decisión de aceptarlo.

Sin embargo, él la apartó con suavidad. Le indicó que se sentara en la cama junto a él, acercó ambas manos a sus labios y las besó, mirándola con dulzura.

—Eres exquisita, a pesar de ello, no deseo besarte.

—No te entiendo.

—Perdóname. Pienso que debí ser claro contigo. Quiero que estés conmigo, quiero que seas mi esposa ante todos, pero yo no puedo amarte.

—Nunca hablaste de amor antes. Ni siquiera conozco ese sentimiento.

—Yo sí. —La soltó y dejó caer la parte superior de su cuerpo sobre la cama. —Yo sí he amado y sufrido por amor.

Ella se recostó a su lado, acurrucándose de forma lateral para observar su semblante al conversar.

—¿Quieres contarme?

—Sí. —Cerró los ojos, tras un largo silencio continuó—. Me enamoré a los diecinueve años, de alguien que mi madre no aprobó. Prometimos luchar contra todos. Al final ella venció.

—Quizás ella no te quería lo suficiente.

—Me amaba, tanto como yo, mas su miedo, su temor a enfrentarlo todo, fue más consistente. Mi madre utilizó su poder, su dinero, y él cedió.

—¿Él?...¿Él? —Lo miró con fijeza durante unos segundos, Rogelio devolvió la mirada sin parpadear, esperando alguna reacción de su parte. En seguida, ella acarició su mejilla, y sonrió con afecto—. Entiendo. Te lo dije ya, me has traído a un mundo que no conocía. Viviendo cosas que nunca imaginé. ¿Qué esperas de mí?

—Necesito una compañera. Personas como yo no encuentran otra opción que vivir una mentira, mi madre es la primera que lo exige. Sin un motivo, no encuentro la fuerza para rebelarme. Tal vez no me entiendas...

—Creo que sí. Una mujer en el pueblo donde nací, tampoco podía hacer lo que deseara. Debía dejarme llevar por lo que los hombres decidieran para mí. Es lo mismo que vivir una mentira.

—Tienes razón. No tenías opción; sin embargo, le has arrebatado el mando al destino. Has tomado una decisión, todo cambiara para ti, lo prometo. Necesito que estés conmigo, no sé cuánto, requiero que me ayudes a ser libre.

—Lo prometo. Aquí estaré. Ven, acuéstate bien, tengo sueño. ¿Puedo abrazarte?

—Sí. Durmamos. Mañana nos espera una larga jornada.

La señora Miramontes había preparado la fiesta de presentación de su nuera con esmero. Asistirían sus amistades, y familiares, cercanos y lejanos.

—Yo no entiendo de etiquetas, ni de formas sociales. Me sentiré extraña entre toda esa gente —manifestaba a su esposo—. Se burlarán de ti. No me gustará.

—No te preocupes, Cil, sabes que yo estaré a tu lado para ayudarte, si no te sientes segura no hables mucho, puedo inventar una timidez que no tienes, ellos no lo sabrán. Te enseñaré todo lo que sé, pronto ese mundo frívolo te parecerá aburrido, fácil de seguir.

Él acarició su mejilla, indicándole su apoyo.

—Me gustaría aprender. Quiero saber y hablar de grandes cosas igual que tú.

—Pronto aprenderás, me harás sentir más orgulloso por haberte elegido como mi compañera. Cecilia asintió.

Capítulo IV

“La pintura no ha sido hecha para decorar los departamentos. Es un instrumento de guerra ofensiva y defensiva contra el enemigo.” Pablo Picasso

La historia de las siete estaba por comenzar. Cecilia Dorantes jamás se perdía un capítulo. Sus novelas y el canal de las películas mexicanas antiguas eran su compañía.

Su rutina a esa hora, era preparar un café y tomarlo con una pieza de pan, sentada frente al televisor. Ubicó la bandeja con los alimentos sobre la mesita lateral antes de encender el aparato.

Alguien llamó a la puerta, Cecilia hizo una mueca de desagrado. Nadie la visitaba, y a esas horas no era factible que un vendedor llegara. El sonido de la canción de apertura de la novela comenzó, al unísono con el segundo golpeo.

Se levantó con la lentitud de siempre, renuente a atender el llamado.

—¡Hola! —La sonrisa iluminaba el semblante de la joven adolescente parada tras su puerta. Su piel morena, el cabello negro disperso, renuente a compactarse, los labios carnosos, la nariz recta y los ojos grandes de color café claros, le recordaron su rostro antes de ser devastado por los años.

—¿Acaso eres una aparición, un fantasma del pasado?

—¿De qué hablas? Soy yo, Rae, Gigi.

—¿Raelyn? Cecilia dirigió su mirada hacia las fotografías de sus nietos. La figura era la de una niña de coletas y ojos traviosos.

—Rae, *just* Rae. Puedo pasar —sugirió la joven mientras entraba, sin esperar respuesta—. No me digas que esa es la última foto *from me* que tienes, pasaron siglos, *Gigi*, acababa de cumplir doce.

—¿Qué edad tienes?

—*Sixteen*.

—¿Briella y tu papá han venido contigo?

—No.

—¿Entonces?

—Me escapé *Gigi* y antes de que me regañes, quiero decirte que lo he pasado bastante mal, lo que he vivido ha sido suficiente para aprender la lección.

Abrió sus brazos para recibir a la joven. Era pequeña igual que ella. Besó su cabello. Había pasado mucho desde la última vez que había sentido ese calor humano.

—Ven, siéntate. —Se sentó ella misma, mientras tocaba el espacio que le ofrecía a Rae, a su lado derecho—. Ya habrá tiempo para que me expliques todas esas andanzas que has tenido. ¿Te gusta la novela? Yo nunca me la pierdo, me encanta Sebastián Ruli.

—¿En serio?

—Te sorprende por mi edad, ¿no es así? Nunca consideraré la vejez como un obstáculo para sentir, para apasionarme y entregarme a las emociones. Es la piel la que se deteriora, las sensaciones son las mismas.

—Me gusta eso que dices. *Mom* no entiende mis emociones. *Creo* que la edad se las apagó.

—No, hay gente que nunca las tiene, ni de joven, ni de mayor.

—¿Crees que *mom is* así?

—No lo sé. ¡Shh! *Keep silence, baby.* —Colocó su dedo índice en sus labios. Rae asintió.

—*Gigi, you speak English!*

—Un poco. Mi segundo esposo me enseñaba. Aquí solo español, ¿entendido? Escuchemos la novela, ya hablaremos. Toma una pieza de pan, puedes ir a la cocina por otra taza de café o té, si gustas.

—¿Dónde está la cocina? No lo recuerdo

—Por esa puerta sales al patio, cruzándolo, la encontrarás. No hagas desorden, me gusta mi cocina limpia.

—Entiendo.

Le gustaba esa joven. Acaso, porque le recordaba a su propio yo de antaño.

Intentó concentrarse en la historia de la televisión, sin conseguirlo, no podía evitar imaginar la angustia de su hijo y Briella al desconocer el paradero de la joven. La sensatez le indicaba que debería llamarlos a ellos o a Leonardo, para que les informara que Rae estaba sana y salva. No obstante, deseaba disfrutar su compañía un poco más.

Rae regresó con la taza más grande que encontró. Tomó una pieza de pan y juntas disfrutaron la novela, no el capítulo en sí, ya que la mayor parte, la pasó explicando la historia para que su nieta la entendiera.

—Tienes razón *Gigi*, ese Ruli es *great*, viejo, pero guapo.

—Para mí es demasiado joven. Bueno, para eso es la televisión, para soñar. ¿Sabes algo que muchas veces soñé?

—¿Cuéntame?

—Siempre soñé que alguno de mis nietos o bisnietos me acompañara un día a probar una taza de café con un pan mientras veíamos televisión.

Rae, sonrió. Se le acercó y se recostó en su regazo.

La música que indicaba el final del episodio y el avance del siguiente se perdieron entre las sensaciones al acariciar el cabello de la niña. No pasó mucho para que el sueño venciera a la joven. La nueva historia comenzó, no le atraía, pese a ello, prefirió no moverse para tomar el control y apagar el aparato; no quería despertarla.

En Guadalajara, la mansión Miramontes era extraordinaria, la puerta de entrada dirigía hacia un enorme salón; el brillante piso mostraba figuras geométricas extrañas de tonalidades marrones que concordaban con el decorado. Al final, se encontraba la escalera recta imperial, los peldaños medían un metro y medio, al subir, se ensanchaban un poco. La balaustrada de madera con fino tallado, suave al tacto, le otorgaba elegancia y belleza a la escalinata.

Los escalones alfombrados de un matiz azul índigo en un contraste extraño, aunque agradable, conducían al descanso del cual surgían dos tramos estrechos a cada lado. El izquierdo conducía a la habitación de Antonia Miramontes, mientras que la de ellos estaba del lado derecho.

Temprano cada mañana, Antonia bajaba la escalera con su porte de reina. Cecilia contemplaba su descenso, algunas veces desde el ala derecha superior, algunas otras desde el primer piso. Derecha, izquierda, derecha, izquierda, manos a los costados mirada al frente, nunca hacia abajo.

Había observado que en el peldaño a la mitad de la escalinata, justo en el centro, la alfombra que cubría los escalones, se levantaba subversiva enfrentándose al descenso de la mujer. El pie, sin embargo, evadía el embiste del borde sedicioso, denegando el anhelo de la chica de ver el orgullo de la señora de la casa, lastimado por una caída grotesca.

En cuanto bajaba comenzaba a organizar las faenas de la servidumbre, y por supuesto, las de ellos. Él debía acudir a la fábrica de muebles de la que eran dueños, una tarea fastidiosa, en todo caso, obligatoria, si no quería molestar a su madre.

Al llegar, buscaba a Cil para continuar con sus clases de etiqueta, y de idiomas. Al caer la noche, desaparecía, quizás como una táctica para escapar de su realidad. Ella podía sentir su ahogo, lo aprisionaba la mentira, la impotencia de no poder vivir del modo que él decidiera.

Nada le preguntó, aunque especuló que también huía de ella, a pesar de ser su aliada, era alguien forzado a permanecer en su destino. Sin importar que en esos tres años juntos, hubiera comprado un poco de calma. No demasiada, puesto que la señora Miramontes, comenzaba a exigir un nieto que ellos sabían nunca tendría.

Pronto comprendió que no escapaba de ella, más bien deseaba encontrarse a sí mismo.

—Ven Cil, quiero mostrarte algo. —Rogelio le ofreció su mano guiándola. —Te mostraré mi lugar secreto, ahí desaparezco al final del día. Nadie entra aquí.

La puerta del patio conservaba el estilo, al salir de ella, debían bajarse cuatro escalones. Dos hileras de macetas con Claveles de la India color naranja delimitaban el centro. Había una fuente de cantera al lado izquierdo simulando una pequeña noria. A continuación los árboles frutales revoloteaban sus hojas al paso del aire a modo de un ritual de bienvenida al paseante de aquel sitio.

Al final estaba una habitación a la que nunca había entrado. Ella imaginaba que se trataba de un espacio para guardar cosas viejas, una especie de almacén. Él sacó la llave de su bolsillo y abrió la puerta de madera vieja que desentonaba en el diseño de esa vivienda y le indicó con su mano que entrara.

Había un sillón de madera con cojines a cuadros verdes, negros y blancos que a simple vista parecía cómodo. Junto a este, una mesa pequeña con una lámpara color beis. El piso era de mármol rosado, brillante y suave al tacto, al entrar lo primero que ella hizo fue quitarse los zapatos para poder sentir su textura. El olor era extraño, no era desagradable, más bien desconocido. Olfateó el aire intentando reconocerlo.

—Es el aroma de los productos de limpieza, combinados con la pintura. Tras un rato, te acostumbras.

Se dirigió hacia la derecha, descubrió algunos caballetes con bocetos, luego hacia la izquierda,

donde reposaban paisajes, y rostros.

—¡Son hermosos! ¿Tú los pintaste?

—Sí. Es una pasión que también disgusta a mi madre; sin embargo, no he permitido que la destruya. Desde que era un niño comencé a dibujar trazos y figuras, salían de mi mente dirigiendo mis movimientos y creando imágenes que me agradaban. En la actualidad se ha transformado en mi escape.

—No imaginé lo que encerraba este lugar.

—Es donde puedo ser yo mismo. Me hace sentir libre.

—¿Quiénes son esas personas?

—Gente que ha pasado por mi vida, conocidos, desconocidos cuya figura me incitaba al arte. Te lo dije, admiro la belleza. Mira esta mujer junto a su pequeño. —Escogió uno de los cuadros entre los apilados—. A ellos lo vi solo una vez, estaba sentada en un parque y miraba a niño con tal ternura, pese a que sus rasgos no son bellos ni finos, la hermosura la representa el amor en su mirada.

Se acercó a los retratos y fue admirándolos uno a uno. Todos eran diferentes, ninguno se repetía, a excepción de un hombre joven, moreno de cabello negro, boca gruesa y ojos negros y pequeños.

—¿Es él?

—Sí.

—En todos estos se le ve joven, en estos dos, se le ve cambiado. —Le señaló los últimos. — ¿Aún lo ves?

—No, nunca. Ni siquiera sé lo que ha sido de su vida. Solo vislumbré su imagen, igual que cada cambio plasmado. Está solo en mi imaginación.

—Lo sigues amando, puedo verlo en tu obra.

—No estoy seguro, tal vez solo he amado su recuerdo por tanto tiempo, que esta añoranza se volvió una costumbre.

—Mereces ser feliz. Deberías buscarlo.

—Se fue, Cil, prefirió lo que mi madre le ofreció.

—¿Te lo dijo él mismo? ¿Lo enfrentaste?

—Me lo dijo mi madre.

—Entonces, búscalo, enfréntalo y arrebátale la verdad. Tal vez las cosas fueron diferentes. ¿Nunca lo has pensado? Solo tienes una versión en esa historia.

—Lo he pensado algunas veces, las suficientes para sentirme enloquecer. ¿De qué sirve? Desconozco su paradero, y si lo encontrara, tal vez probaría que mamá decía la verdad.

—Entonces tendrías una certeza y lograrías que su recuerdo se desvaneciera, podrías pintar su verdadero cambio y darle fin a una etapa. Búscalo. Yo estaré contigo para apoyarte en lo que venga. Solo piénsalo.

—Lo haré. Por lo pronto, déjame explicarte porque te traje aquí. Quiero mostrarte algo. Mira.

Levantó la tela que cubría un lienzo. La imagen de Cecilia se inclinaba a la izquierda con la mirada hacia arriba, su cabello caía voluminoso hasta su cintura, sus manos se cruzaban bajo su cuello, parecía mirar algo extraordinario.

—¡Es fantástica! Me hace sentir halagada.

—Este rincón me ayuda a ser libre, igual que tú. Contigo puedo ser yo mismo. No podía faltar tu belleza en este espacio.

—¡Gracias! —expresó emocionada.

—Este es el único tesoro que poseo. Haría lo que fuera por protegerlo.

—¿De tu madre?

—Sí. Le molesta que venga a pintar. Lo tolera porque entiende que esta batalla la tiene perdida.

—Debemos dirigirnos al comedor, vamos atrasados y tu mamá debe estar furiosa.

—Tienes razón, vamos. —Caminaron hacia el patio, con premura. Rogelio se detuvo de repente—. Olvidé la llave.

—Lo noté. —Ella rio traviesa. Le mostró la llave en su mano—. La dejaste sobre la mesita, a un lado de la lámpara.

—Guárdala en tu bolso, en la noche me la regresas, vendré a asegurar el cerrojo a doble llave.

En el comedor, Antonia ocupaba como de costumbre, el lugar principal. A pesar de que los miró acusadora, no parecía molesta.

—Hoy anduve por los comercios, no he podido evitar pasar por las tiendas de bebés. Estimo que es justo que atiendan mi aspiración de ser abuela.

—Lo hemos discutido tanto, madre. No depende de nosotros sino de la voluntad de Dios, ¿no lo crees?

—Tengo frío, creo que dejé mi chal en la recámara —evadió responder. Iba a levantarse, pero Rogelio lo impidió.

—No, mamá, quédate sentada, iré por el chal, no te molestes.

—Gracias.

Subió los peldaños con rapidez, encontró la prenda sobre la cama, e inició el regreso hacia el comedor con premura. Su pie derecho, sin embargo, no evitó el pliegue del alfombrado de la escalera.

Cecilia y Antonia conversaban en el comedor cuando escucharon el grito desde el salón. Se apresuraron hacia donde observaron el suceso aterrador.

Estaba tirado junto a la escalinata, la mitad de su cuerpo recargado sobre su costado derecho, la parte inferior giraba hacia la izquierda, las piernas entrecruzadas, un solo zapato, un brazo hacia el frente y el otro por debajo. Una pequeña mancha de sangre enmarcaba su cabeza.

—¡Rogelio! ¡Dios mío, Rogelio!

Cecilia se acercó. Los ojos abiertos e inertes, le indicaron que nada podía hacerse. Giró su mirada hacia la balastrada donde un hilo de sangre revelaba la manera en la que su cabeza se había golpeado. Luego se quedó mirando a la parte media de la escalera, al lado del pliegue de la alfombra, contempló el zapato que quedó atorado ahí, hasta que las lágrimas nublaron la visión que le señaló lo que había sucedido.

En diversas ocasiones, fantaseó con la caída de Antonia a causa de ese pliegue. La imaginaba en cama durante días, tal vez semanas, jugueteó con la idea de verla debilitada mientras su hijo se fortalecía. Él solía bajar asido a la balastrada, de un lado o del otro, igual que ella misma. No imaginó que sería él quien resultara dañado.

La señora Miramontes observaba el acontecimiento con la frialdad que la caracterizaba, su mano tapaba su boca, cubriendo cualquier expresión de asombro que pudiera pronunciar, se acercó a la escalera y recogió su chal. Le sacudió el polvo y lo colocó sobre sus hombros.

Fidel y los otros trabajadores llegaron alertados por el llanto de la joven. Todos se estremecieron, sin atreverse a decir nada.

—Llame a una ambulancia. No lo muevan hasta que los paramédicos les den alguna indicación. Estaré en la biblioteca. En cuanto lleguen, llámenme, nadie puede molestarme —ordenó Antonia,

apartándose de la escalera.

Cecilia se quedó sentada en el suelo, acariciando su mano, hasta que llegó la ambulancia y Fidel la forzó a soltarla, para que los muchachos se llevaran el cuerpo.

Dos días después, al regresar del cementerio, las dos mujeres se encontraban en el salón.

—Necesito hablar contigo. Será mejor que hablemos en mi recámara —le ordenó Antonia con su voz pausada.

Subieron la escalinata en silencio. El pliegue de la alfombra había desaparecido.

Antonia abrió el cajón de la cómoda y le entregó un sobre, ella lo recogió intrigada.

—Dentro hay un cheque. Es todo el dinero que obtendrás. De lo que existe aquí, nada era propiedad de mi hijo. Él ya no está, no considero que necesite explicarte mis razones para pedirte que te vayas.

—Entiendo. Ya lo había pensado, me iré mañana mismo, encontré un lugar perfecto donde vivir. Aceptaré el cheque que me ofrece ya que lo necesito para cerrar el acuerdo de arrendamiento, en cualquier caso, hay algo que me llevaré que sí le pertenecía, y al cual como esposa tengo derecho.

La señora Miramontes cerró sus manos con fuerza. Respiró profundo para recobrar la calma característica en ella, antes de reiterar:

—No hay nada que le haya pertenecido.

—Su trabajo, sus obras. Me entregó la llave de ese cuarto. Su obra me pertenece.

—No lo permitiré. —Antonia dio un paso hacia adelante, con la furia en su mirada que le otorgaba un brillo excepcional.

Cecilia levantó su rostro. No permitiría que su fuerza la debilitara. Estaba dispuesta a luchar por su legado. Ella hubiera sido capaz de destruirlo todo.

—Lo hará, porque no le gustan los escándalos. No quiero nada más que lo que me pertenece. Por su imposición, era mi esposo, la ley me ampara. Puedo llamar a la policía alegando que usted me quiere robar.

—No te darán la razón.

—Tal vez no, tal vez su poder sea más fuerte, así y todo, no puede evitar el escándalo. La demandaría y créame, a mí no me molestará sacar a la luz cada historia del pasado de Rogelio.

Antonia retrocedió angustiada. Caminó hacia la ventana desde donde podía observar ese cuarto. Cerró los puños de nuevo.

—Puedes llevártelos. Jamás te atrevas a hablar de cosas que no entiendes.

No respondió. Salió de esa habitación antes que sus piernas perdieran el impulso de escapar. Fue la última vez que la vio.

La mañana siguiente realizó los trámites de la mudanza. Las personas que contrató siguieron sus órdenes, sacaron las pinturas de Rogelio. Ella dejó las llaves de ese cuarto sobre la mesita de la sala. Y salió para reconstruir su vida de nuevo.

Lo primero que hizo fue buscar un promotor para las obras de Rogelio, lo cual no le fue sencillo. La respuesta que recibía al llevar alguna, tenía más que ver con su belleza.

Tras fallidos intentos para ser tomada en serio, estuvo a punto de darse por vencida, cuando la casualidad o el destino la pusieron en el camino correcto.

En sus brazos llevaba el fresco en el que plasmó el rostro común de una madre observando a su hijo, rostros sencillos, sin ningún rasgo distintivo en sus semblantes, lo fascinante era su capacidad para captar el amor de esa madre por su pequeño, la mirada irradiaba sentimientos profundos, mientras el chiquillo estaba a punto de quedarse dormido.

La había llevado a una casa de arte donde el hombre, ni siquiera se dignó a evaluar la obra, solo la escudriñaba a ella con vulgaridad.

—Podríamos llegar a algún arreglo. ¿Qué tal si posas para mí?, veremos que se logra trabajando juntos, luego revisaré esas obras y tal vez compre alguna.

—Lo pensaré. Volveré si decido aceptar su oferta.

—Espero que sea rápido. Aquí está lleno de personas deseosas de ayuda.

—Entiendo.

Salió, decidida a no volver a intentarlo. Caminó con prisa durante casi cinco cuadras, luego se detuvo en una esquina a observar ese amor plasmado en pinceladas llenas de arte. Le pareció una pérdida que nadie pudiera admirar esa belleza.

—Me gusta ese trabajo. ¿Es tuyo? —inquirió una señora de mediana edad, y rostro amable.

—No, Es la herencia de mi marido.

—Lo siento. Pues es un trabajo maravilloso. ¿Te interesaría exhibirlo?

—¿Exhibirlo? —repitió Cecilia confundida.

—No me he presentado, mi nombre es Matilde Rosales. Mi esposo era promotor de arte, gracias a él aprendí muy bien a diferenciar un buen trabajo de algo mediocre. Cuando él murió decidí continuar con su trabajo.

La mujer era bella. Su cabello castaño ondulado, ojos grandes y piel suave, le parecieron características que la sociedad consideraba opuestas al éxito de una mujer en el plano profesional.

—¿Le fue fácil? Quiero decir, como mujer, los promotores me parecen... Disculpe, es una tontería lo que estoy diciendo. —Cecilia sacudió su cabeza y detuvo sus palabras, antes de decir alguna torpeza.

—Te entiendo, mi marido era igual que todos, no pienses que fui una ilusa engañada. Y no, no fue nada fácil; sin embargo, tengo una ventaja sobre ellos, yo no intento aprovecharme de las jóvenes soñadoras. Les digo si su trabajo es bueno o malo con franqueza. No solo a ellas, también a los artistas masculinos que pocos, pero sí se me acercan. Y entonces, ¿Dónde puedo ver el resto de la obra de tu esposo?

Ambas sonrieron con complicidad.

La fecha de la exhibición, Cecilia estaba más nerviosa que si la obra hubiera sido suya. Semanas antes se había hecho publicidad y enviado invitaciones a diferentes personalidades.

Todo parecía estar saliendo de maravilla. Los cuadros durarían a la venta durante toda la semana; ahora bien, el primer día era básico para tener éxito.

Ella suspiró con satisfacción, casi al final de la jornada, y aceptó la invitación del sofá cercano a los cuadros, para tomar un descanso.

—¡Laura Mira!, ¡Héctor está en ese cuadro! ¿Cómo es posible?

—Es cierto. Nunca me había contado que lo hubieran pintado.

Sin querer escuchó la conversación de dos mujeres. Ambas aparentaban más de treinta años. Eran elegantes y bonitas. Una era de un cabello rubio oscuro, la otra era morena con grandes ojos verdes. Hablaban de él. No estaba muy segura de exhibir los cuadros del rostro del hombre que Rogelio amaba; sin embargo, uno le había entusiasmado a Matilde. Se acercó a esta para obtener información.

—¿Conoces a esas mujeres, las que están junto al sofá? —le preguntó a Matilde.

—Un poco, el padre de la chica rubia, Héctor del Río, era un personaje ilustre. Supongo que la otra es Esther Murillo, esposa de su hermano. Era un abogado muy acreditado aquí en Guadalajara, ahora su hijo, del mismo nombre, se ocupa del despacho, pero a él no lo conozco.

Tengo entendido que estuvo fuera del país. ¿Por qué el interés?

—Curiosidad, me parecieron muy lindas y elegantes.

Matilde asintió y continuó su recorrido para verificar que todo estuviera en orden.

Cecilia giró el picaporte con su mano izquierda mientras empujaba la puerta con su cadera, ya que la otra mano sostenía varios lienzos. El acabado de la madera de caoba le mostró la clase del lugar al que estaba accediendo. Entró con pasos inciertos.

—Tome asiento, por favor —le indicó la recepcionista—. En seguida estoy con usted.

Se acercó a la primera silla que estaba cercana a la salida, ya que le ofrecía la perspectiva de huida en caso de decidirlo. Sacudió el asiento, más como manía, que pensando encontrar algún rastro de polvo en una piel tan suave.

—¿Dígame que puedo hacer por usted?

Cecilia dudó un momento antes de contestar.

—Tengo cita con el licenciado Del Río. Soy la señora Dorantes.

—Por supuesto, pase por favor el licenciado la está esperando.

La oficina armonizaba con la decoración del recibidor, el mobiliario elegante, las tonalidades tenues y discretas, la vista de un jardín cuidado con esmero.

—Buenas tardes, tome asiento, por favor. ¿La señora Dorantes?

—Dorantes viuda de Miramontes.

Por un instante, creyó haber visto un ligero temblor en sus labios, él bajó el rostro, y aclaró su garganta antes de hablar de nuevo.

—¿En qué puedo ayudarla, señora?

—En realidad solo vine a entregarle algo. Sé que mi esposo hubiera querido hacerlo en persona, pero su muerte lo evitó. Son todas, a excepción de una que su esposa compró. Espero no haber arruinado algún tipo de sorpresa. —Colocó las pinturas en rollo sobre el escritorio—. Los pintó Rogelio, podrían juzgarse un homenaje a su amor.

El rostro de Héctor palideció, se quedó quieto largo rato, antes de desenrollar los dibujos. Analizó uno con sumo cuidado, luego los hizo a un lado.

—¿Qué es con exactitud lo que desea de mí?

—La verdad.

—Opino que la conoce muy bien.

—Solo una versión, la de Rogelio. Estoy al corriente cuánto lo amaba, y cómo usted se dejó convencer por su madre para alejarse.

—No fue así. Nada que ella me hubiera ofrecido, me hizo decidirme a alejarme. Fueron las circunstancias. Él me intimidaba, se sentía capaz de enfrentar al mundo de ser necesario, mas yo no tenía, ni tengo la fuerza para ir contra corriente. Es un peso demasiado grande sobre mi espalda.

—¿Se lo dijo?

—Muchas veces. Él no lo entendió. Tuve miedo. Su madre me ofreció cosas que no necesitaba, ni su dinero, ni sus amenazas me hicieron huir. Fue mi propio temor.

—Prefiere vivir una mentira junto a Esther.

—¿Y no fue así para ustedes?

—Siempre fue sincero, desde el primer momento. Él no sabía engañar. —Ella se levantó con lentitud, intentando organizar sus ideas. —Él deseaba vivir su verdad.

—La vida está llena de mentiras, si todos dijéramos lo que realmente deseamos hacer, el mundo se escandalizaría de la verdad del otro.

—Tal vez. No crea que lo juzgo, nadie que no esté en su situación puede hacerlo. Enfrentarse al mundo requiere demasiado, sobre todo cuando en ese mundo están aquellos a los que tanto amamos. —Cecilia se sentó de nuevo observando las reacciones de Héctor a sus palabras—. Si él lo hubiera buscado ¿qué hubiera hecho?

—No lo sé. Nuestro amor fue real. Quizás al verlo ahora con madurez y sabiendo lo que es vivir una mentira que me hace infeliz hubiera adquirido un poco de su fuerza

—No lo sabremos, nunca. Él lo amó hasta el último momento. De eso no tenga duda. Este trabajo lo demuestra. Espero que encuentre, si no la felicidad, al menos la paz en su vida. —Se levantó y se dirigió a la puerta—. Adiós Héctor.

Capítulo V

“Cuando la edad enfría la sangre y los placeres son cosa del pasado, el recuerdo más querido sigue siendo el último, y nuestra evocación más dulce, la del primer beso.” Lord Byron

Cecilia Dorantes se quedó mirando el amarillento color de las paredes de su cocina que habían perdido el tono ostión que ella misma escogió. Ya habría tiempo de darle un retoque. Por ahora lo importante era la presencia de Rae.

—¿Te gustó el desayuno? —preguntó Cecilia a su nieta.

—Yes. *Excelent, Gigi.*

—Solo español, ¿recuerdas?

—De acuerdo. Me gustó el jugo de caña, es dulce, por el contrario, las tortillas chiquitas son picosas.

—Son chilaquiles, prueba los frijoles.

—No me gustan los frijoles.

—Porque no has comido los que yo preparo. Se llaman frijoles puercos, prueba junto con la tortilla, te gustará.

Rae sonrió al probarlos. Comió en silencio hasta terminar su plato.

—Tus ojos son lindos, *Gigi*, no deberías usar tanta máscara. Te regalaré un lápiz labial más claro que el que usas.

—Mmm. ¿Me criticarás también mi estilo de vestir?

—Claro que no, esa blusa fucsia, combina a la perfección con tu piel. Y ese pantalón azul rey que usas es la combinación ideal, ni que decir de esos hermosos aretes tejidos.

—Son una artesanía. Los realiza la comunidad huichol. Un día te llevaré a que conozcas su arte.

—Son hermosos, es solo que no necesitas tanto maquillaje. Eres bella, *Gigi*.

Agradeció el comentario, aun así, dejar la máscara y el rojo de sus labios, era inimaginable para ella. Esperó a que la chica terminara su jugo para comenzar la plática que quedó pendiente la noche anterior.

—Ahora hablemos de lo que importa. Quise darte oportunidad de instalarte, antes de hacerte las preguntas necesarias. No entiendo qué haces aquí, ni por qué te escapaste. Me gustaría que me explicaras la situación, para saber cómo debo actuar.

—No les digas que estoy aquí, todavía no. Dame tiempo. Cometí un error y necesito valor para aceptarlo frente a *mom*.

Ambas callaron. Cecilia no apartó su mirada de la chica. No se quedaría a medias en una historia que tenía derecho a escuchar. Si Rae estaba en su hogar, se lo debía.

—Yo conocí a un muchacho, y nosotros comenzamos una relación. *Mom and dad* no lo querían, *obviously*, estaban en lo correcto, él era un rebelde, eso fue lo que me gustaba. Acepté escaparme. Vinimos a México, a Tijuana. Nosotros estuvimos una semana allá. Al final me robó el dinero que tenía y desapareció. Yo no supe qué hacer. Vendí el teléfono y el reloj que papá me había regalado y compré un boleto *para aquí*. Es todo. Era cierto lo que me advertían, *but* no quiero aceptarlo frente a ellos, sobre todo frente a *mom*. Jamás podré decidir mi vida debido a esto. Dirá que

siempre tiene la razón.

—¿Y es así?

—Es posible. —La chica hizo una mueca.

—O tal vez eres tú quien hace las cosas equivocadas.

—Dime, *Gigi*, ¿nunca te equivocaste? Alguna vez tuviste mi edad.

—Mi vida fue distinta a la tuya. Créeme, de haber vivido mi juventud en esta época, en este lugar, hubiera hecho tantas cosas que un hombre hubiera sido una de mis últimas elecciones.

—Tú te casaste varias veces, la primera cuando eras muy joven, eso lo sé.

—Así es, en todo caso, esa era la vida que me tocó entonces, en la actualidad existen opciones. A tu edad yo no tuve esa oportunidad.

—¿A qué te refieres?

—A la oportunidad de elegir. Otros tomaban decisiones por mí. Luego aprendí a hacerlo, e igual que tú, me equivoqué muchas veces.

Rae recogió la bandeja con los platos y comenzó a lavarlos, mientras intentaba entender el mensaje de su abuela. Sabía que tarde o temprano enfrentaría a su madre, solo deseaba retrasar ese momento.

—Yo solo quiero ser libre.

—Entonces aprovecha las oportunidades de esta época, niña. ¿Por qué quieres atarte a una persona a tu edad si tienes el mundo a tus pies?

—¿Los llamarás, verdad? —Rae acarició el brazo de Cecilia.

—Es lo correcto, Rae, esperaré hasta la próxima llamada de Leonardo. Tienes todo ese plazo para poner en orden tus ideas y planear el momento de encararlos.

—Gracias, *Gigi*. Te prometo que seré buena.

La chica la abrazó con ímpetu. En ese abrazo pudo sentir ilusión, juventud, agradecimiento, sobre todo, la fuerza de la sangre que las unía. Una alianza surgió a través de su promesa y se selló con los brazos de la chiquilla rodeando su cintura. Rae cerró sus ojos, al igual que Cecilia, quien besó su cabellera revuelta con tranquilidad.

A sus veintisiete años, Cecilia trabajaba como recepcionista, en un consultorio médico en el centro de la ciudad de Guadalajara durante el día, por las noches leía todos los libros que podía.

Desde las nueve de la mañana hasta las seis de la tarde, limpiaba la oficina, ordenaba expedientes, atendía a los clientes de los doctores. Usaba la cocina para tomar sus alimentos, para luego regresar caminando a su departamento. Era tanto su cansancio que lo único que hacía era tumbarse en la cama.

En la mañana se levantaba temprano, así realizaba las labores domésticas y preparaba sus alimentos. Los fines de semana los dedicaba a pasear por la ciudad. A veces iba al parque Alcalde, al Revolución, o a alguna plaza.

Fue en la placita de la Catedral, donde vio por primera vez a Lisandro Valdivia. Estaba sentado en una banca frente a la que ella ocupaba, mirando su reloj, semejaba esperar a alguien. Lucía molesto.

Era un hombre de cabello oscuro, ondulado y corto, de facciones angulosas que combinaban a la perfección con su semblante adusto y curtido por el sol. Sus ojos grandes y almendrados de un verde profundo y sus cejas pobladas armonizaban con unos labios de contorno perfecto, delineados por un bigote y una barba incipiente. Su nariz aguileña y las suaves líneas de su frente transmitían una sensación de poder.

Lo vigiló por un largo tiempo. Estaba concentrado en los minutos que pasaban sin que apareciera la persona que esperaba, para poner atención en algo más que su enojo. Ella frunció la boca al imaginar a la joven que estaría a su lado en unos momentos.

Diez minutos después, se sintió satisfecha al ver que la persona cuyo retraso lo tenía enfadado, era un individuo mayor. Un personaje peculiar, a pesar de su edad y su evidente calvicie frontal, llevaba el cabello más allá de los hombros de tono plateado, igual que su barba y bigote. Usaba unos lentes pequeños que apenas cubrían sus cejas delgadas y sus ojos rasgados. Era bajo y regordete, su ropa era desaliñada, parecía un vagabundo que discordaba junto a su acompañante.

No estaban tan cerca como para poder escuchar su conversación, sí lo suficiente para entender que discutían. Las facciones del joven se endurecían conforme avanzaba el altercado, lo que le otorgaba un aspecto varonil.

Se levantaron de la banca y ella pudo observar su altura, era obvio que sobrepasaba el promedio por muchos centímetros. Sus manos se movían y cerraban, conforme exponía su discurso. En ese momento exacto, decidió que esas manos la acariciarían muy pronto.

El hombre mayor se alejó, y él se quedó parado observándolo durante unos minutos. Luego él mismo comenzó a caminar hacia el rumbo contrario.

Sin pensarlo mucho, fue siguiéndolo a una distancia que consideró prudente. Iba derecho por la avenida, seis cuadras adelante, giró por una calle poco transitada. Ceci caminó más rápido para no perderlo de vista, dio vuelta, y en ese exacto momento, sintió que tomaban su brazo con demasiada fuerza.

—¿Quién eres? ¿Por qué me sigues?

—Déjame—Ella jaloneó sin conseguir soltarse—, ¿De qué hablas? Yo solo estoy caminando.

—No creas que no te observé vigilándonos a Mario y a mí en la plaza. Luego me has seguido hasta aquí. Contesta, ¿quién te envió? —La miró con recelo—. El que seas una obra maestra de mujer no va a distraerme lo suficiente para dejarme atrapar.

Cecilia sonrió y sus ojos brillaron embelleciéndolos más, su cabello se levantaba al aire, incapaz de permanecer en su lugar. Él la miró con profundidad, se acercó y siguiendo un impulso, la besó. Su boca la seducía de manera energética, mientras acariciaba su cintura. Sus labios tenían

sabor a deseo, el olor de su pelo la hizo olvidar lo que los rodeaba. Respondió con la misma pasión arrebatada, rodeó su cuello con sus manos, su piel era suave y sus músculos tensos. Un beso largo y profundo como indicio de lo que vendría.

Él se detuvo con lentitud, suspiró hondo y acarició su barbilla. Sin dejar de sonreír, le advirtió:

—Dile a tu amo que no me atemoriza, y que me encantó la mensajera. —Ella abrió los ojos que mostraron su rabia.

—Yo no tengo amo. Soy libre.

—¿Igual que tu cabellera?

—Así es.

—Y entonces ¿por qué me seguías? ¿Por curiosidad?

—No, porque me atraes.

La miró de fijo y ella sostuvo su mirada.

—Eres un demonio, mujer.

—Quizás. —Sacó un papel y una pluma de su bolso, garabateó su nombre y dirección. —Ten. Es tu turno de buscarme si te interesa. Le dio un beso dulce y corto. Se alejó sin voltear, aunque pudo sentir su mirada al cruzar la calle.

Pasó más de una semana para tener noticias de Lisandro, había perdido la esperanza de volver a verlo. Era claro que él conocía su juego.

Envío a un propio con una nota, avisándole los planes para esa velada.

 Mi admirada Cecilia:

 Diversas diligencias me han mantenido impedido de poder contactarte desde la última vez que nos vimos. Ruego disculpes mi tardanza y no la juzgues un descuido de mi parte. Te pido me permitas resarcirte.

 Pasaré a tu domicilio a las nueve para llevarte a un lugar que espero disfrutes tanto como yo con tu compañía. Ropa formal.

 No tuve oportunidad de decirte mi nombre con anterioridad, confío en que sepas quien escribe esta nota, y hayas pensado en nuestro encuentro igual que yo.

 Con mi admiración:

 Lisandro Valdivia

—Espera respuesta, me imagino —inquirió al mensajero.

—No hubo tal indicación.

—Por supuesto. Gracias. —Sonrió.

Tan pronto se fue el mensajero, abrió un paquete que guardaba en su recámara esperando el momento exacto de usarlo, dentro había un vestido lila, escote bateau con un moño en el peto y corsé en la cintura, la caída circular de la falda y los guantes le daban el toque final de distinción. Los zapatos eran de un tono más oscuro. Tenía los accesorios exactos que combinarían con ese atuendo.

En punto de las nueve pudo escucharse el golpeteo de la puerta. Su corazón comenzó a latir

apresurado, contempló su reflejo otra vez, usaba una coleta sofisticada. Los aretes de zafiros acariciaban sus hombros. Le satisfizo el resultado.

Respiró con profundidad tres o cuatro veces intentando calmar sus nervios. Abrió la puerta sonriendo con gracia. Lisandro llevaba un traje gris oscuro que podía confundirse con un tono negro, la corbata del mismo tono y la camisa azul cielo. Respondió a su sonrisa mientras la observaba de pies a cabeza.

—¿Qué te parece? —preguntó ella.

—El espejo no te mintió, estás deslumbrante. —Besó su mano con suavidad—. ¿Nos vamos?

Detuvo el coche frente al mesón, se dirigió al lado del copiloto para abrirle la puerta. Entraron tomados de la mano. Era un sitio elegante con una atmósfera íntima, un joven al piano le daba el toque romántico a la velada.

Estaba casi lleno, sin embargo, el camarero lo saludó por su nombre y les indicó el camino a su mesa.

Fue una noche especial. Hablaron de su vida, de las ciudades donde habían vivido. La poca distancia le permitía sentirse acariciada por su voz. Una mano acomodaba su pelo, mientras la otra sostenía la suya.

—Ven. Bailemos.

El piano tocaba música lenta, se sintió aletargada por la turbación que le provocaba su cercanía. La atrajo un poco más. Su altura contrastaba con la de ella. Se recargó en su pecho y se dejó llevar por la combinación del sonido de las notas y el latido del corazón de ese hombre.

Las horas le parecieron cortas, habían hablado de tantas cosas, y bailado numerosas melodías que cuando vio el reloj, era momento para irse. Renuente se levantó de la mesa y caminó junto a él hacia el automóvil.

Antes de abrir la puerta se aproximó a ella y comenzó a acariciar su mejilla. Acercó sus labios a su frente, luego a sus mejillas para poco a poco, con caricias lentas que rodeaban su boca, dejarla ansiosa de un beso más exigente. Justo en el momento, la apartó y se quedó observándola unos instantes.

—Vamos a tu casa, recoge lo que te haga falta y quédate conmigo.

—¿Toda la noche?

—O toda la vida, ¿quién puede saber el futuro?

—Estás loco. Apenas nos conocemos.

—No es una ley que pasen los días para entender que lo que siento, jamás lo había experimentado. Podría jurar que te pasa lo mismo.

Cecilia bajó la cabeza intentando aclarar sus ideas, sin su imagen perturbándola.

—Es verdad. Es algo inexplicable, como si te hubiera conocido de otra vida y este solo fuera un reencuentro.

—¿Qué te hace falta, pues, para decirle sí al destino?

Capítulo VI

“A menudo lo que nos engaña es únicamente nuestra propia vanidad. Las mujeres nos creemos que la admiración significa más de lo que es en realidad.”
Jane Austen

Cecilia Dorantes observaba a su nieta, revolviendo todos los recuerdos que ella guardaba en el armario de su recámara. Aretes hermosos, vestidos antiguos, rebozos hechos a mano, artesanías huicholes, todo le parecía magnífico.

—¿Qué es esto? —preguntó la chica señalando una bolsa artesanal.

—Es un morral huichol.

—Es lindo. ¿Qué significa huichol?

—Es un pueblo indígena, viven en Jalisco y en Nayarit, sus bordados son semejantes a la escritura, es como si en cada uno de sus tejidos, nos contaran sus historias. Han conservado sus costumbres, sus tradiciones, sus artesanías. Son un pueblo puro. Mañana iremos al centro para que conozcas su trabajo.

—Sí, quiero algo como esto.

Rae continuó escudriñado el armario, como una niña buscando un tesoro. Atrás de las cajas, colocado hacia atrás, descansaba la pintura que Rogelio hizo para su esposa.

—¡Gigi, ese retrato es *awesome!*

—Lo es. Lo pintó mi segundo marido.

—¿Tienes más obras que él haya hecho?

—La marina que está en la sala, y los bosques de verano y otoño del pasillo, son parte de su obra. Los demás se vendieron.

—¿Era famoso?

—No tanto. Al morir, su trabajo fue su herencia. Vivíamos en Guadalajara. Me dediqué a buscar contactos que me ayudaran a promoverlo, no fue nada fácil encontrar al promotor que se interesara. Vendí la mayoría, más con carácter de homenaje, que por el dinero que pudiera obtener.

—Conservaste pocas.

—Me quedé con las cuatro que conoces, y con otras que no me pertenecían, las cuales le entregué a su dueño.

—¿A su dueño?

—Es una historia complicada. Tal vez alguna vez te la cuente.

—¿Por qué escondes ésta en el closet?

—No lo sé. Admito que me entristece ver lo diferente que soy.

Rae acarició la pintura, tocó su relieve y sonrió sagaz. —Debes colgarla en la pared de la sala. Todos los que entren deben ver lo hermosa que eres, sobre todo, lo parecidas que somos.

Iba a contestar con una negativa. Al instante la idea no le pareció tan absurda. Poca gente entraba en su vivienda, eso no era lo importante; sin embargo, sentirse unida a su nieta era una perspectiva encantadora.

—Me gusta parecerme a ti. —Le expresó la chica—. Me gustaría haber nacido tan fuerte como tú. Sin importar todos los años que cumpla. —Ceci se encogió de hombros.

—No nací fuerte Rae, la vida me enseñó a serlo. Tú lo has dicho. Tengo muchos años, demasiados, si bien, mi pensamiento se renueva, se resiste a caer. Los problemas me curtieron. Me hicieron dura, capaz de enfrentar cualquier cosa. Mi historia ha estado llena de cambios. Tal si hubiera tenido varias vidas, diferentes momentos, personas distintas. Yo misma fui cambiando a través de cada etapa.

—Cuéntame de tu esposo el pintor.

—Era una persona maravillosa. Me enseñó tantas cosas. Su muerte fue desgarradora.

—¿Lo amabas mucho? ¿Más que a los otros?

—Se puede amar a varias personas, ahora bien, cada sentimiento es distinto. Rogelio me enseñó a amar la libertad. Mi vida a su lado, fue el principio de mi cambio. —Cecilia se quedó observando la pintura que Rae aún sostenía. —La colgaré en la sala. En fin, hay algo que debo decirte. Ven, deja el cuadro junto a la pared. —le dio un golpeteo a la cama indicándole que se sentara a su lado. Rae lo hizo, sintiéndose ansiosa ante lo que le pudiera decir su abuela.

—Me asustas. ¿Tiene que ver con *mom*, verdad?

—Sí.

—*Gigi*, prometiste...

—Prometí que tan pronto Leo se comunicara conmigo, les hablaría de tu presencia. Llamó hace una hora. Llegará en cualquier momento. ¿Estás lista?

—Creo que sí.

Al día siguiente, Leonardo las miraba más con sorpresa, que con enojo. No entendía qué llevó a Rae a refugiarse con la abuela. Ellas se encontraban sentadas en la sala, una junto a la otra, tomadas de la mano, en extraña complicidad. Había algo en la situación que le impedía estar molesto.

—¿Alguna de ustedes pensó en la preocupación de nuestros padres? —preguntó, en el tono más indignado que pudo fingir.

—Por supuesto que he pensado en su angustia. Rae necesitaba un plazo para organizar sus ideas. Además, el tiempo que estuvo aquí fue por tu causa. —Él la miró confundido—. Prometí que te lo diría tan pronto te comunicaras conmigo, y así lo hice... Por lo regular, me quejo de lo esporádico de tus visitas.

—Did you call them? —preguntó la joven en su idioma con poca esperanza de una negativa.

—Of course. ...

—Solo español, por favor.

—Es verdad, *Gigi*, lo siento, olvidé tu regla. —manifestó la joven sin soltar su mano.

—¿No le dirás nada abuela? ¿Le permites hablarte de tú, mientras no te gusta que yo lo haga?

—No puedo explicarlo, en ti lo siento una falta de respeto hacia mí, en ella es un acercamiento.

—Ya habrá ocasión para discutirlo. Mamá llegará mañana y papá te estará esperando al llegar. Créeme que no tendrán tanta tolerancia con ustedes de la forma que yo la he tenido.

—Entiendo —subrayó Raelyn mientras acariciaba la cabellera de su abuela, al tiempo que se miraban una a la otra con comprensión.

Leonardo observó el cuadro en la pared, justo arriba del sillón donde ellas estaban. Al ver la imagen, de alguna manera entendió la conexión de su abuela con su hermana.

El piso era espacioso y elegante. La decoración moderna, y a la vez sencilla lo hacía acogedor. Llevó todo lo preciso, si bien, no accedió a deshacerse de su departamento, a pesar de que Lisandro opinaba diferente. Seguiría pagando la renta, si algo había aprendido en la vida es que era necesario estar preparado ante cualquier eventualidad.

Los primeros días los habían pasado juntos, dentro del departamento o saliendo a lugares que ella no solía frecuentar. Era como vivir en un mundo irreal que jamás imaginó. Se había reportado enferma, y siendo cumplida en extremo en lo que respecta a su trabajo, no objetaron otorgarle una dispensa.

—Da igual, no quiero que vuelvas.

—¿A qué te refieres?

—A tu trabajo, por supuesto.

—No lo creo.

—¿Qué es lo que no crees?

—Que quieras decirme lo que debo hacer o no. Regresaré a trabajar y lo seguiré haciendo mientras pueda. Me gustaría estudiar, y a pesar de que te parezca gracioso, haré grandes cosas.

—¿Y si no estoy de acuerdo?

—Sería muy triste. Rogelio me aconsejó una vez que luchara por mi independencia y es lo que hago. Amo la libertad desde que la conseguí y créeme, no la voy a renunciar por nadie.

Lisandro fijó su mirada y entrecerró los ojos, asintiendo sin dejar de sonreír.

—Veremos qué pasa poco a poco.

—¿Y tú qué haces?, No me has respondido cuáles son los negocios a los que te dedicas.

—Te equivocas, te he dicho con precisión que no debes preocuparte de nada, no necesitas un trabajo, ni saber del mío. Te prometo que vivirás como la reina que eres. Ahora ven para acá que me estoy muriendo por abrazarte.

Tras meses de estar juntos tuvo que aceptar que ella no dejaría su trabajo, solo un poco, pues siempre que podía sacaba a relucir lo maravilloso que sería para ella, estar en casa.

—¿Y estas flores tan hermosas? Huelen delicioso. —Se acercó al ramo que Lisandro colocó sobre la mesa una tarde al llegar a casa.

—No más que tú, preciosa. —Besó su nariz—. Pasé por una florería y no dudé en traerlas para ti. Por cierto, compré lo necesario para que prepares una cena magnífica. Vendrá uno de mis socios desde la ciudad de México. Tenemos que tratar unos temas importantes, así que se me ocurrió invitarlo.

—¿De verdad? Estoy exhausta.

—Eso no sucedería si te quedaras en lugar de perder el tiempo en ese consultorio.

Cecilia inspiró con profundidad antes de contestar.

—No quiero discutir. Prepararé la cena.

Miguel Zamudio llegó puntual. Se encontraba sentado charlando con Lisandro al momento en que ella les avisó que la cena estaba lista. Llevaba una coleta, una parte de su pelo salía de su lugar, usaba un delantal sobre su ropa de trabajo, mostraba un rubor causado por el calor de la cocina. Él era un hombre maduro, alto de cabello cano y ojos penetrantes. Quedó impactado por su presencia, y no le importó disimularlo.

Ella se sintió halagada con sus cortesías y no dudó en alentar sus juegos. Una sonrisa de vez en cuando, un gracias con una mirada profunda ante un comentario halagador.

—La cena estuvo deliciosa —señaló Zamudio inclinando su cuerpo hacia la joven—. ¿Alguna vez ha salido del país, Cecilia?

—No, jamás. Me encantaría hacerlo.

—Con seguridad lo hará muy pronto, no lo dude. Uno se sentiría orgulloso de llevar del brazo a una mujer como usted en cualquier parte del mundo.

—Así es, algún día lo haremos, eso no está a discusión —aclaró Lisandro.

En punto de las once y aunque juzgó interesante escuchar de las ciudades que él había visitado, ella decidió retirarse a descansar. De este modo, ellos podrían hablar de sus negocios.

Estaba dormida cuando sintió una opresión en su cuello. Lisandro estaba sobre ella con su brazo derecho doblado y presionando contra su garganta.

—¿Qué sucede? Me duele.

—No tanto como me dolió verte coqueteando con Zamudio. —Oprimió más fuerte—. Toda sonrisas y miradas furtivas, estando yo ahí, me imagino lo que harás cuando no te veo.

—¡Estás loco! Déjame en paz. No puedo respirar.

Intentó quitarlo de encima, sacudió su cuerpo y trató de patearlo sin conseguirlo. Metió su mano entre su camiseta y le clavó las uñas en su costado. Él se movió y así logró golpear su estómago con su rodilla. Soltó su cuello y se giró por el dolor. Ella se sentó y tocó su garganta mientras tosía intentando respirar mejor. Se levantó molesta; sin embargo, él la jaló del brazo y la tumbó en la cama de nuevo.

—¿A dónde vas?

—No querrás que duerma aquí a tu lado después de lo que hiciste.

—Eres un demonio, mujer, te lo he dicho, no quiero que vuelvas a comportarte así nunca más.

—Y yo te he dicho que tú no puedes decirme lo que tengo o no que hacer. Ni siquiera estamos casados.

—Eso lo podemos arreglar. Casémonos.

—No lo sé. No lo estimo importante.

—Anda, me tienes muy enamorado. Cásate conmigo y dejemos estos juegos.

No esperó su respuesta, la atrajo hacia él y se apoderó de su boca de una forma salvaje, a la que ella respondió sin dudarle, la pasión los envolvía y convertía su relación en un vaivén de emociones.

Capítulo VII

“Sólo nos convertimos en lo que somos a partir del rechazo total y profundo de aquello que los otros han hecho de nosotros.” Jean-Paul Sartre

Cecilia Dorantes caminó hacia la cocina, se colocó los guantes y comenzó a limpiar los muebles, el detergente y los líquidos de limpieza la hicieron estornudar. Acomodó los platos del mayor al menor, puso las mantillas en el cajón correspondiente, en seguida abrió el refrigerador y tiró gran parte de su contenido; la mayoría de las cosas las había comprado por Rae, ahora que se había ido, no consideró preciso conservarlos.

Suspiró ante el recuerdo de las lágrimas de su nieta al marcharse. Leonardo estaba recargado en el vehículo, mientras Briella guardaba la maleta de la chica. Luego ambos se despidieron con un fuerte abrazo.

Rae llevaba puesto el vestido huichol que había escogido el día que pasearon por el centro del pueblo. Era hermoso, azul y corte evasé con bordado en el cuello de holán y en una tira al frente. Las flores bordadas, rojas, naranjas, fucsia y amarillas entramadas con ramas de diferentes tonos, le daban un terminado artístico.

Ese día pasearon por la ciudad, entraron a la catedral y se sentaron a comer en el parque La Loma, un lugar hermoso, turístico y a la vez, un paseo obligado para las familias en Tepic. Luego disfrutaron del tradicional paseo por el trenecito. Nuevos recuerdos aprisionados en ese sitio.

—Te extrañaré, *Gigi* —la abrazó con fuerza.

—Y yo a ti. Ahora que ustedes se han comenzado a comunicar, en lugar de solo hablar sin escucharse, todo va a ser más fácil, ya lo verás.

—Lo que he sufrido y los días escuchando tus historias de vida me han enseñado mucho. Quiero hacer lo que me dijiste, salir adelante, estudiar, trabajar, todo se irá acomodando. Me fue fácil entender a *mom*, ya que comencé a escucharte primero.

—Me alegra, Rae. Eres una muchacha brillante y hermosa, tienes todo para salir adelante.

—*Bye, Cecilia. See you soon.* —Briella se despidió y le dio un beso a su suegra—*It's time to go.* —instó a su hija, indicando con su mano para que subiera al auto. Era una mujer muy bella y elegante. El traje sastre de color azul cobalto resaltaba sus ojos y contrastaba con su cabellera dorada.

—*Just a minute mom.* —Le respondió, luego se dirigió a Cecilia. Tengo un regalo para ti. —Sacó una caja de su bolso y se la entregó, mostraba un aparato electrónico.

—¿Qué es?

—Es *un Tablet*. Ya está configurado para poder comunicarnos *online*. No quiero dejar de verte.

—No sé usarlo.

—Solo deslizas tu dedo para abrirlo, pulsas este *icon* y ahí está mi nombre, me marcas. Leo te explicará mejor. Ya le pedí que te instale el Internet. *Mom's in a hurry*, no quiero que se moleste. Te amo, *Gigi*.

—Yo también te amo. —Cecilia abrazó la caja con fuerza.

Leonardo se acercó y la sostuvo por los hombros.

—Será mejor que entremos abuela. Necesitas descansar —indicó abriendo la puerta para que

ella pasara—. Estarán bien, ya lo verás, por primera vez las vi discutiendo con sensatez.

Ambos tomaron asiento. Él colocó los pies sobre la mesita de la sala.

—Lo sé, entendí un poco de su conversación. —Empujó las piernas de su nieto. Ambos sonrieron —No me molestará que me hables de tú, ahora bien, subir los pies, no está a discusión.

Un nuevo suspiro la volvió a la realidad. Asíó la escoba y comenzó a barrer las hojas, por último procedió a regar sus macetas, las había descuidado mientras su nieta estuvo en casa.

Al terminar tomó un baño que la relajó. Resolvió usar la blusa verde con adornos plateados con una falda larga gris. Se puso unas arracadas y un collar de plata. Colocó máscara en las pestañas, suficiente para realzar su mirada, solo un poco, y se pintó los labios de rosa palo. No le gustó la representación que le devolvía el espejo. Decidió utilizar más máscara y el labial rojo intenso.

«Rae, Si estuvieras aquí, me dirías que cambiara ese tono».

Se dirigió al mercado a comprar las vísceras de pollo. A esa hora de la mañana el lugar comenzaba a llenarse de gente.

—¡Doña Ceci! ¡Qué bueno verla! Hace mucho que no pasaba por acá —le dijo don Rutilio sonriente.

—Estuve ocupada, a partir de hoy, me verá con frecuencia.

—Lo de siempre, ¿verdad?

—Lo de siempre, justas palabras, “volvemos a lo de siempre”.

Cecilia abrió la puerta del departamento, se sorprendió al ver a Lisandro sentado esperándola, por lo regular él llegaba más tarde, lo que le daba a oportunidad de arreglar un poco y preparar la cena, sin que usara la mala administración para decirle que dejara el trabajo.

—¿Dónde estabas?

—¿Qué pregunta es esa? En mi trabajo.

—Te fui a buscar y me dijeron que no habías ido, que te habías reportado enferma. Se quedó callada largo rato, mientras él la miraba desafiante, dominado por la ira.

—Responde, ¿dónde estabas? O debería preguntar ¿con quién?

—No digas tonterías. Prefiero hablar en otro momento contigo. Estás molesto y no deseo discutir. Tengo otras cosas en que pensar.

No dijo nada más, la arrastró del brazo, ella le dio una bofetada, él jaló su cabello hacia atrás para forzarla a mirarlo de frente.

—Suéltame —Clavó sus uñas en su cara—, suéltame ahora mismo.

Sin soltar su pelo, la besó con brusquedad, ella mordió sus labios.

—Estoy cansado de esto. Haces todo por molestarme.

—Yo también estoy cansada, peleamos, nos lastimamos y después nos domina la pasión. Este sentimiento que no me permite alejarme de ti. Ya no quiero violencia en mi vida.

—Y yo no quiero dudas y celos. No te entregas, no te sometes, no me dejas amarte porque la duda siempre está entre nosotros.

—¿Someterme? Estas equivocado. Hace tiempo que la mujer sumisa que yo era desapareció. No voy a dejar mi independencia, ni mi trabajo, no voy a entregarte mi vida para que deshagas mis ilusiones. —Le dio la espalda intentando recuperar su autocontrol—. No me importa lo que la sociedad me imponga, no quiero el papel de esclava nunca más.

Ofuscado por su rabia, él colocó sus manos bajo sus axilas y la arrastró a la cocina.

—¿Qué estás haciendo? Suéltame.

En un movimiento apresurado, juntó sus muñecas con una mano, mientras con la otra, abrió el cajón de las herramientas, agarró unas cuerdas y las ató.

—¿Estás Loco? ¿Qué haces?

La acomodó sobre sus hombros, ella luchó en vano por liberarse. Él tomó unas cadenas, le llevó a la recámara donde las ajustó en su cintura, y la enredó en un pilar de la pared; luego de colocar un candado salió sin decir una sola palabra y sin escuchar sus ruegos.

Comenzó a pedir auxilio, tenía la esperanza de ser escuchada por algún vecino, sin conseguirlo. Durante horas intentó liberarse de las cadenas, pero estaban ceñidas a su cuerpo.

Después de algunas horas de intentarlo, se sentía agotada. Ya no podría soportar su necesidad de ir al baño. Comenzó a llorar por su impotencia. A través de la ventana apreció los matices del cielo transformándose en oscuridad.

Se sentía extenuada, por lo que el sueño la venció. Despertó a media noche, sedienta, con hambre, con esperanza, no obstante, de que pronto iba amanecer; en el consultorio se sentirían extrañados si no llegaba a trabajar, preguntarían por ella y al no tener noticias vendrían a buscarla.

El amanecer llegó, y no había nadie que hubiera tocado su puerta. Se sentía mareada, y la cabeza retumbaba por dentro.

Las horas pasaron indolentes ante su situación, un segundo, dos segundos, cuatro minutos, cinco horas, la debilidad la sofocaba. Seis horas, siete horas, un día, otro día. De nuevo la calle estaba

oscura, iluminada tan solo por un farol intermitente. Apenas podía mantener los ojos abiertos. Soñó con María, su hermana que le hablaba cariñosa, aunque no comprendía sus palabras.

Luego encontró a Rogelio deambulando por sus sueños.

—Yo te daré agua Cil; sin embargo, tú debes liberarte.

—No te vayas. Dame agua.

Después de cinco pasos, él se desvaneció al igual que María. Abrió los ojos y en la alucinación apareció Lisandro ofreciéndole un líquido extraño. Luego volvió a caer en absoluto letargo.

Cuando Lisandro regresó, estaba dormida, fatigada por la falta de agua y comida. Recostada entre la suciedad de sus propios desechos. Solo le dio a beber un poco para que pudiera tolerarla.

La cargó, aún inconsciente. La despojó de la ropa sucia, la bañó con el cuidado de un amante que jamás la dañaría. La recostó en la cama, vigiló su sueño por largo rato, remojando sus labios hasta sentirla despertar.

—Te traje algo ligero, por favor come.

—Déjalo ahí, no tengo apetito.

—Por favor, linda, debes estar hambrienta.

—Estoy cansada, más tarde lo haré. Déjame sola.

Volvió a dormir, y en su sueño Rogelio apareció otra vez. Acariciaba su melena, mientras le hablaba al oído.

—Eres fuerte, Cil. Aléjate. Tu hijo no merece vivir en violencia.

Su hijo. Despertó al escuchar esa frase. Sentimientos confusos se enfrentaban en su interior. Recordó cuanto deseaba ser madre cuando vivía con Alberto, y su resignación a no serlo al lado de Rogelio.

Aquella tarde que no fue al trabajo, la pasó deambulando por el parque. Sus pensamientos eran confusos. ¿Podría ese hijo cambiar la inercia de su relación que oscilaba entre el amor y el odio? ¿O debía alejarse y enfrentar sola lo que viniera? ¿Quedarse o huir de aquel infierno con sabor a gloria?

Probó un poco del alimento que Lisandro le había ofrecido. Luego caminó despacio hacia el cuarto de baño, intentando no cruzarse con él. Estaba en la sala discutiendo con Zamudio, no notaron su presencia.

—¿Qué harás? —preguntó Lisandro.

—Me iré a Aguascalientes. Tienes que entregar el dinero mañana. De eso depende mi vida.

—Todo saldrá de la mejor manera, Mario recibirá el dinero en el lugar y a la hora fijada.

—Cuento contigo. En cuanto considere que el peligro haya desaparecido, todo volverá a la normalidad.

Desde la ventana de la cocina, espió a Zamudio al subir a su vehículo y alejarse. El gesto en su cara le advirtió que el problema que enfrentaba no era sencillo.

Oculto en el pasillo, observó a Lisandro esconder un maletín entre la pared y el sofá, después quedarse sentado, mirando hacia el techo de la sala como si en el estuco pudiera encontrar alguna respuesta. Al final lo vio atravesar la puerta, subirse al automóvil y alejarse.

La cocina olía a lavanda, igual que el comedor, era extraño imaginarlo limpiando con sumo cuidado, colocar los platos donde consideró que era su lugar. Incluso el piso junto al pilar en la recámara, no mostraba las impurezas que la rodearon por tantas horas.

Se acercó con indecisión hacia el respaldo del sofá. Jaló la valija hasta abrazarla con fuerza. Recordó la angustia de las horas presa. La impotencia cuando la inequidad de sus fuerzas la hizo

vulnerable. La rabia de seguir amando a un hombre que a veces sentía odiar. Tal vez era momento de correr.

«Yo te daré agua Cil; sin embargo, tú debes liberarte». Recordó las palabras de Rogelio en su delirio.

«Libertad, amor, ¿tienen que ser opuestas?

»¿De verdad no existe el amor en libertad?, se preguntó.

Hurgó en el cajón de la cocina, buscando algo. Caminó hacia el patio, con la humedad que otorga el dolor cuando se vuelve tangible cegando la mirada. Se sentó en el piso, abrió el portafolios. Los billetes estaban unidos en fajos. La cantidad era enorme, en todo caso, el dinero no era algo que ella venerara.

Se paró sin dejar de mirar el maletín. Caminó hacia la casa, luego regresó sobre sus pasos. Suspiró con profundidad y de nuevo las lágrimas se liberaron en su rostro.

Se acercó al bote de basura. Distinguió su ropa sucia, el pantalón con campana color turquesa por el que había ahorrado varias semanas para poder comprar por sí misma, estaba encima de la blusa negra que él le regaló. Sucios, como recuerdo del maltrato que había sufrido. Sintió náuseas.

Se secó las lágrimas con fuerza. Volvió a sentarse en medio del patio, junto al maletín. Asió un fajo de billetes, sacó un cerillo de la caja que había tomado del cajón, y le prendió fuego, continuó avivándolo hasta que cada uno se convirtió en cenizas.

Capítulo VIII

*“Una promesa es una letra de cambio que giramos contra nuestro porvenir.”
Christian Friedrich Hebbel*

Cecilia Dorantes le sonrió a la mujer del espejo. No imaginó que recortar su cabello le otorgaría tanta vida a su rostro. Solía usarlo largo, libre, ondeado. De nuevo sus labios mostraron su sonrisa al recordar el asombro de Juliana al escuchar su petición.

—Me gustaría este corte —le manifestó a la chica de la estética, mostrando una revista con la imagen de una muchacha con el pelo rebajado hasta las orejas con navaja por la parte de la nuca y los laterales, y al frente una melena ondulada cargada a la derecha en una caída efervescente—. Por supuesto tendrás que enseñarme cómo peinarlo.

—Pero doña Ceci, ¿no cree que es un corte muy juvenil? No me malinterprete, pienso que usted es hermosa, es solo que...

—Sabía que dirías eso. Hay una edad que empieza en la adolescencia y termina en los treinta, donde puedes ponerte de todo, vestirse de locura y te verás hermosa por tu juventud. Más tarde, la sociedad te juzga si no te vistes como lo dicta el aburrimiento. Luego llega a una a mis años, cuando puede usar el estilo de “no me importa lo que piensen”. Alguna ventaja tiene estar tan vieja, ¿verdad?

—Muy bien, doña Ceci —La chica rio con franqueza—. Hagámoslo ya. ¿Y qué opinaría de otro cambio a su aspecto?, ¿qué tal si el tinte fuera un grisáceo? No... antes que me diga nada, déjeme decirle que es una tendencia.

—No lo sé. ¿Crees que me vería bien?

—Estoy segura. Y poco a poco dejará de depender del tinte, se sentirá con confianza con su tono actual, sin tener que seguir dañando su cabello. Sería una liberación.

—Me gusta esa palabra, me convenciste al usarla.

Estaba lista para la cita. La máscara en sus pestañas era profunda, eso no deseaba cambiarlo, labios rosas, en cualquier caso, continuaría siendo un tono fuerte. Los aretes que escogió esa noche combinaban con el anillo de su mano izquierda, eran unos pendientes largos en estructura de círculos uno pequeño y otro un más grande con piedras violeta.

Hacía tiempo que la mujer del espejo le inspiraba desánimo, era un reflejo de alguien que luchaba por no ser vencida. En cambio ese día la sensación fue diferente. Ahora reflejaba una paz interior que sentía haber perdido, sus arrugas y sus canas eran parte de ella misma y ya no quería rechazarlas. Cada una de ellas era la marca de todo lo vivido. Lo bueno y lo malo.

Caminó hacia la sala, se sentó en el sofá, observó el reloj de pared que le indicaba que aún faltaban veinte minutos. Acomodó las arrugas de su blusa, deseaba verse perfecta. Luego se levantó y fue hacia la ventana, era una noche muy transitada, los coches y los transeúntes parecían tener prisa por llegar a su destino. Podía escuchar el compás de sus pasos un, dos, un, dos, en una cadencia que inspiraba a seguir.

Los suyos, igual que siempre, eran lentos; sin embargo, ya no le parecían un ritmo triste, ahora los consideraba una bella melodía para enamorar que otorgaba paz y deseos de reflexionar. Un sonido que te hablaba de experiencias y recuerdos, una cadencia suave, diferente al pasado.

Faltaban diez minutos para su cita, los segundos pasaban a su misma simetría. Se sentó en la

mesa del comedor, encendió la tabla electrónica justo como le había enseñado su nieto. La había dejado cargando desde temprano, no deseaba que la falta de energía arruinara su llamada.

Solo tenía que esperar que timbrara indicándole la llamada.

«Arrastrar el color verde, eso era aceptar, el rojo era rechazar», se recordó las instrucciones a seguir. No quería cometer ningún error.

La luz y el tono de la tabla le indicaron que era el momento de escoger el verde. Se acomodó el peinado con suavidad y arrastró el color correcto que le abrió la imagen de Rae que le sonreía con asombro a través de la pantalla.

—¡Gigi! Te ves estupenda.

—Me alegra que te guste. Necesitaba un cambio.

—Claro que sí, todos quedarán sorprendidos, igual que yo.

—Sólo que hables de Leonardo. Los demás no me han visto desde hace mucho.

—Papá estará muy pronto por allá. Escuché decírselo a mamá.

—¿De verdad?

—Sí. Pronto llamarán para decirlo. Promete que fingirás sorpresa.

—Seré sincera, créeme. Me sorprenderá que en verdad me llame.

La conversación continuó similar a las pláticas que sostenían cuando Rae estuvo en México, aunque esta vez se sintió distraída. La noticia de la próxima visita de su hijo la perturbó. Había deseado verlo, tanto que llegó a pensar que no sucedería.

Lo había querido desde que conoció su existencia, deseaba protegerlo, amarlo como ella misma jamás lo había sido. Luego la vida lo llevó lejos, porque así es su ley. Los hijos se quedan el período que les sea necesario, después se alejan sin pensar en lo que quedó atrás. Es preciso encontrar un nuevo motivo para vivir.

Recordó al joven David a punto de partir a su nuevo país.

—Puedes ir con nosotros, mamá.

—¿Lo has hablado con Briella? —Sabía que su esposa no compartiría el mismo entusiasmo que él de tenerla en casa.

—Aún no, considero que ella lo aceptaría sin problema.

Cecilia sonrió ante el enamorado incapaz de reconocer la verdadera naturaleza de su amada.

Nunca había dudado en arrancar las raíces y reinventarse en un lugar extraño. Pero no esta vez. Entendía que el motivo principal de su nuera para regresar a su país, era alejarlo de ella, no esperaba arruinar sus planes. Era el momento de dejar volar a su hijo, liberarlo para que él buscara su propio camino.

—David. Agradezco tu preocupación por mi bienestar, a pesar de todo, mi lugar está aquí, junto a los recuerdos de tu padre, tu infancia, son mis memorias.

—Es solo una casa, ¿allá vivirías en la mía?

—Eres lo mejor que me prestó la vida, es momento de devolvarte y dejarte en poder de tu propio destino. Quiero que seas muy feliz. Y ven cada vez que lo desees.

—Lo haré, mamá vendré tan frecuente como mi trabajo lo permita.

¿Qué son las promesas, sino palabras dichas al calor de un anhelo? Juramentos ignorantes de los designios del futuro.

Una nueva vida, su nueva familia, su nuevo país, todo en conjunto evitaba que volviera a su lado. Lo comprendía su razón, aunque su soledad, y su nostalgia renegaran de ello.

Después de la llamada con Rae. Caminó hacia su recámara y colocó el aparato sobre la mesita de noche. Se sentó en la cama observándolo mientras recordaba sus palabras. David vendría

pronto, ¿por cuántos días?, ¿cuál era el motivo de su viaje? Cecilia secó las lágrimas que habían humedecido su rostro, luego se recostó a la vez que acariciaba la sábana despacio hasta quedarse dormida.

Lisandro movió el sofá preocupado al no encontrar el maletín. Apretó los puños, mientras su respiración se agitó.

—Lo llevé al patio.

Giró su rostro hacia ella entrecerrando los ojos con incredulidad. Estaba sentada en una silla del comedor, acariciaba el mantel. Se acercó observándola con profundidad, como si quisiera leer sus pensamientos. Iba a pronunciar una palabra, en lugar de eso, caminó hacia el patio con premura.

Regresó abatido minutos después. Se sentó a su lado, sin decir una palabra, colocó los codos sobre la mesa juntando sus dedos frente a su boca.

Ella advertía sus propios movimientos indolentes sobre la tela mientras él escudriñaba su rostro en busca de reacciones.

—Ni siquiera percibes el alcance de lo que hiciste.

—Era la única forma de seguir juntos. Lo que hiciste era imperdonable, debía hacer algo de la misma o mayor magnitud.

Lisandro suspiró al tiempo que golpeaba la mesa. Ella alzó su rostro aún sin ninguna reacción. Caminaba de un lado al otro sin sentido mientras ella observaba su figura, luego volvió a la silla, acarició su mano con suavidad.

—Eres lo mejor que me ha pasado en la vida. Aun así, no alcanzo a comprenderte, es como si te tuviera en mis manos, y en un segundo escaparas entre mis dedos, con tanto ímpetu que me obligas a cerrarlas y apretarte más fuerte, lo único que logro al hacerlo, es que te me diluyas.

—Lo que no has entendido es que no soy una cosa que puedas perder o recuperar, soy un ser humano que desea compartir la vida contigo, lo bueno y lo malo, no necesito vivir entre tus dedos, quiero estar a tu lado. No necesitas dominarme, ni ser dueño de mi vida.

—Si pudiera borrar lo que hice, lo haría, la rabia y el temor de que te alejaras me dominó por completo, no pensaba más que en no dejarte ir, en detenerte.

—No hay nada que me haga quedarme o alejarme si yo no lo deseo. Déjame amarte en libertad. Antes fui dominada por los hombres, mi padre, mis hermanos. Lo que he vivido me enseñó algo que no hubiera comprendido antes, que debería ser lo primero que los padres enseñaran a sus hijos: a ser. Más allá de las personas que amen, sus padres o sus parejas. Eso significa ser libre.

—Debemos irnos. El dueño del dinero vendrá pronto, estamos en peligro. Levántate, tenemos que guardar lo necesario.

En la recámara, Lisandro abrió la puerta del armario y comenzó a descolgar su ropa, acomodándola al descuido en la maleta que estaba sobre la cama. Escogió lo que consideró importante, documentos, mancuernillas relojes, cualquier cosa de valor.

—Apresúrate, guarda tus cosas. No tenemos mucho tiempo.

—No quiero huir.

Pasó su mano por su cabellera hacia atrás, luego en dirección a su boca sofocando un suspiro. Su rostro reflejaba su aprehensión. La examinó unos segundos sin que ella evitara su mirada.

Se acercó a ella y acarició su cabello, colocó sus brazos atrás de su cuello y la acercó a su cuerpo. Al momento ella se acurrucó en su pecho sin poder detener sus lágrimas. Lo atemorizaba por su fuerza, sin embargo, por un instante la sintió frágil, capaz de entregarse por completo.

—No hay otra cosa que podamos hacer, nos alejaremos sin un plan definido. Podemos empezar de nuevo, lejos de aquí. Tenemos que irnos sin dejar rastro, Cecilia. Debemos apresurarnos, Mario vendrá pronto y al no entregarle el dinero, no sé qué pueda pasar.

—¿A dónde iremos?

—Iremos con mi primo a Talpa de Allende, Jalisco, me debe muchos favores, nos ayudará.

—Será un nuevo comienzo.

—Te amo. Desearía a aprender a amarte como lo necesitas. No estoy seguro de lograrlo, aun así, te prometo que lo intentaré cada día.

Besó sus labios con dulzura, mientras acariciaba sus hombros con suavidad, ella respondió, era una promesa de un amor renovado. Luego volvió a acercarla a su pecho por unos instantes.

—Nos iremos en autobús, será más seguro que utilizar el automóvil.

El camino hacia el pueblo se tornó silencioso, cada uno iba absorto en sus propias dudas y remordimientos.

Las calles empedradas y las casitas de adobe con techos de teja le recordaron su pueblo de nacimiento. Llegaron a una placita por la calle Hidalgo donde esperaron al primo de Lisandro. Se sentaron en las bancas del sitio en silencio, cada uno pensando en lo que les depararía el futuro.

Unos minutos después, Roldán, los saludaba efusivo mostrando su entusiasmo por verlo. Era un hombre de más de treinta, de rostro agradable.

—¡Qué bueno verte! ¡Vaya que ha pasado el tiempo!

—Siempre voy a estar agradecido.

—No digas nada. Cecilia y tú son bien recibidos.

Subieron las maletas al automóvil, aunque el camino no duró más de cinco minutos. Era una propiedad pequeña, acorde al estilo de la población. Adentro fueron recibidos por Pedro, el padre de Roldán, un hombre de rostro hosco, y mirada fría.

La habitación que ocupaban era sencilla y agradable. El olor de los nardos y las rosas penetraban, ayudándolos a relajarse.

—¿Qué haremos? ¿Nos quedaremos aquí? —preguntó Cecilia con un poco de tranquilidad.

—No, esto es temporal, conseguiré dinero pronto y podremos irnos.

—¿Dónde conseguirás el dinero?

—Es mejor que no sepas nada. No quiero involucrarte.

—¿Eres un asesino?

—Nunca he matado a nadie, aunque de ser forzoso lucharía por nuestra vida.

—Por lo pronto, me conformaré con eso, después, tendrás que explicarme muchas cosas.

Al día siguiente salieron muy temprano a conocer los sitios de interés, como el palacio municipal, el templo de la virgen del Rosario, o la iglesia de la virgen de Talpa, edificación de gran valor arquitectónico.

—Me encanta la cantera de esta iglesia, Roldán —mencionó Cecilia con todo el aprecio por el arte que le enseñaron Rogelio y Matilde.

—Así es, es uno de nuestros principales atractivos turísticos. La verdad es que no entiendo mucho de construcciones pero sus portales de piedra gris, y sus torres gemelas, son muy admiradas.

—Yo tampoco entiendo mucho, en todo caso, es hermosa. ¿Y a dónde nos llevarás mañana? —preguntó Lisandro con un tono divertido.

—No será mañana, sino el sábado. Iremos al bosque. Saldremos muy temprano porque el camino es largo, estoy seguro de que lo amarán.

A las ocho de la mañana del sábado, los cuatro pasajeros iniciaban su ruta. Al salir a carretera, admiraron los sembradíos y las pequeñas casitas rodeadas de esas hermosas tierras. Más lejos el paisaje les ofrecía arboledas junto a chozas que incitaban a la paz interior.

Después de las arboledas el camino comenzó a hacerse más abrupto, sobre todo al llegar a la

sierra de San Miguel, con sus curvas y su precipicio que causó escalofríos en ella.

Estacionaron la camioneta en una superficie plana, al llegar a la entrada del bosque. Bajaron para comenzar el recorrido. La vista era espectacular y el aroma relajante y a la vez provocativo, infundía paz y suavidad. Los sonidos del agua corriendo entre las piedras revelaba la sinfonía de la naturaleza.

—En verdad es magnífico. Mira esos helechos, Lisandro, su altura es espectacular. Aquellos árboles son enormes también, pero no parecen pinos —opinó Cecilia.

—En definitiva no lo son, no conozco la especie, mira sus hojas, son como una corona de varios picos —respondió Lisandro.

—Se asemejan a las hojas de los árboles de los bosques de Canadá. Las reconozco por los libros que Rogelio me enseñaba.

—¿Y qué tendrían que hacer unas hojas canadienses en México? —rio Lisandro ante el comentario.

—No lo sé, me lo parecen. Puedo estar equivocada.

—Yo no sé nada de eso. No entiendo muchas cosas en realidad.

Todos rieron ante el comentario de Roldán, con excepción de su padre que durante todo el camino había permanecido en silencio.

Continuaron caminando entre los árboles durante largo rato. Luego descansaron bajo su sombra para disfrutar la comida que habían traído.

Todo parecía transcurrir con normalidad hasta que Pedro sacó una pistola de su bolsa de excursión.

—Aléjate de ellos Roldán. —le ordenó a su hijo.

—Papá, ¿qué haces? No hagas esos juegos.

—No es un juego. Zamudio me llamó ayer para decirme que le habías robado, Mario y él te están buscando. Ni siquiera les interesa el dinero, me dijeron que querían matarte y que yo podía quedarme con todo.

Lisandro sostenía el brazo de Cecilia, indicándole que se tranquilizara.

—No hay dinero tío, y si lo hubiera, ellos no te permitirían quedártelo.

—Cállate, el dinero debe estar en tus maletas, no creo que fueras tan tonto de cargarlo por la calle.

—El dinero no existe, desapareció. Debes creerme —explicó Lisandro.

—Papá deje de hacer eso, ellos son familia.

—Tengo que hacerlo, con Zamudio no se juega, son ellos o nosotros.

—Entonces escapemos. —sugirió Roldán

—No hay tiempo. Estará aquí en unos minutos.

—Deja que ella se vaya, no tiene nada que ver en esto —pidió Lisandro.

—No, no voy a dejarte.

—Ya cállense, levántense y caminen —ordenó Pedro—. Tú sígueme.

Ellos obedecieron, caminaban de regreso hacia la camioneta, donde con seguridad, los estarían esperando.

En un movimiento inesperado, Roldán atacó a Pedro intentando quitarle el arma, sorprendido jaló el gatillo cuya bala atravesó la frente del joven. Se quedó inmóvil, mirando cómo su hijo quedaba estático.

—Roldán, hijo, ¡Roldán, No hijo!

—Es inútil, tío. Ha muerto. —Lisandro tocó su hombro, intentando ayudarlo. Pedro miró a

Lisandro lleno de rabia. Se sacudió su roce y apuntó la pistola hacia su cabeza.

—Es tu culpa, lo hizo por defenderte. No me importa ni el dinero, ni que Mario te quería vivo.

—No, por favor, Pedro, no nos haga daño.

La voz de Cecilia le recordó su presencia, cambió su objetivo hacia su cabeza.

—Será mejor que ella muera primero, para que sientas el dolor que sufro.

Lisandro se arrojó hacia Pedro intentando arrebatárle la pistola, ambos rodaron, golpeó su brazo contra el suelo para que soltara el arma.

De forma imprevista logró liberarse y quedar encima del joven para dominar la situación, le apuntó la pistola hacia su cuerpo. En ese instante Cecilia tomó un pesado tronco para golpear la cabeza de Pedro. En un solo segundo se escuchó el golpe, el sonido de la bala y el grito ahogado de Lisandro herido en el estómago.

Pedro quedó inconsciente sangrando por la herida en su cabeza, con la pistola aún en su mano. Lisandro la recogió mientras ella le ayudaba a incorporarse.

—¿Puedes caminar?

—Creo que sí, aunque necesitaré tu ayuda.

Colocó su brazo izquierdo en su hombro, y sostuvo el tronco con el que ella golpeó a Pedro con la mano opuesta, a manera de bastón. Sangraba profusamente. Caminaron tan rápido como su condición se lo permitía. Llegaron al vehículo y ella lo ayudó a subirse del lado del copiloto. Se sentó en cuclillas para acomodarlo en el asiento.

—Aprieta la herida, El pueblo está muy lejos y no debes perder más sangre.

—Lo importante es que tú estás bien.

—Ya no hables, debes ahorrar energía.

—Te amo Cecilia.

—Yo también.

Se miraron por unos instantes, sin decir más, luego escucharon un disparo que acabó en la puerta trasera del automóvil, Lisandro se incorporó, mientras con la mano le señalaba que no se levantara.

Hizo dos disparos, uno acertó al cuerpo de Mario. Sin embargo, Zamudio continuaba disparándoles. Lisandro se quedó inmóvil esperando que sintiera confianza suficiente para acercarse. Al momento de hacerlo, le disparó en la cabeza.

—Sube. Debemos irnos.

Cecilia comenzó la marcha lo más rápido posible, de vez en cuando volteaba a observar el estado de Lisandro que seguía perdiendo sangre.

Había pasado casi media hora de viaje, solo quince o veinte minutos más le permitirían buscar el hospital donde podrían atenderlo.

—Me hubiera gustado tanto, demostrarte que podía cambiar, que alguien como yo puede aprender a amar en libertad. En realidad, no me queda tiempo para demostrarlo.

—Calla, estarás bien, y nos demostrarás a mí y tu hijo que eres un gran padre.

—¿Mi hijo?

—Sí, tendremos un hijo hermoso, y la vida será mejor para nosotros que fuimos seres que aprendieron a amar por sí mismos, puesto que nunca antes fueron amados. Y a él no le pasará así, porque estará rodeado de amor, el nuestro y el que le daremos.

—Lo amo, dile que me hubiera gustado estar a su lado y verlo crecer para ser un mejor hombre de lo que yo alguna vez fui.

—Tú mismo se lo dirás.

Ella colocó su mano en su hombro alentándolo a seguir. Él la acarició con suavidad y sonrió al imaginar a su hijo.

—No te arriesgues, ni a ti ni a nuestro hijo, o hija. No dejes que te relacionen con mi muerte, tendrías que dar demasiadas explicaciones.

—Falta poco, no te des por vencido.

—Hubiéramos sido tan felices. —Pronunció esas palabras con una voz tan baja que ella apenas escuchó, soltó su mano y la suya fue resbalando por su cuerpo hasta detenerse en su pierna. Cecilia detuvo el vehículo, deseaba encontrar un hálito de vida. No había más un latido, ni oxígeno fluyendo. Cerró sus ojos a la par que su esperanza.

Dejó el camino, sus lágrimas comenzaron a mojar sus mejillas, los sollozos quedos dieron paso a lamentos ahogados que hacían difícil su respiración. Levantó su rostro para detener el llanto, golpeó el volante del auto, lastimando sus muñecas, salió del automóvil para acercarse al cuerpo de Lisandro, acarició su cara, luego posó sus labios en los suyos en un último beso.

—Sí. Hubiéramos sido tan felices, de no haber jugado a lastimarnos.

Frotó su rostro intentando esclarecer sus ideas. Tomó unas mantas que se encontraban en la cajuela y cubrió su cuerpo. Extrajo el contenido de la maleta de Lisandro, estaba su ropa y efectos personales, algunos documentos de identificación y una bolsa con el dinero suficiente para sobrevivir.

Siguió el camino hasta Talpa. Llegó a la casa de Roldán, recogió sus maletas y una pala y continuó por la carretera de regreso a Guadalajara para recoger cosas importantes para ella, en especial, las lienzos de Rogelio que decidió conservar.

Su cuerpo se quedó en el camino, al igual que las promesas de renovar su historia. Tal vez su amor hubiera sido tan fuerte para reconstruirlos, o tal vez era su fantasía. Por ahora debía tomar una nueva carretera, hacia otro rumbo donde debería reinventarse una vez más.

Capítulo IX

“No puedo volver al ayer porque entonces era una persona diferente.” Lewis Carroll

A través de la ventana distinguió el hilo rojizo del horizonte, luego la lentitud con la que el negro del cielo se iba transformando en un azul oscuro, Cecilia Dorantes cerró sus párpados por unos segundos, los abrió en el momento justo cuando el resplandor enfocaba al cielo para otorgarle un tono amarillento y aclaraba el matiz del azul. El milagro del renacimiento de cada jornada la hizo sentir nostalgia por su vida.

«Me gustaría resurgir igual que el día. Se pierde entre la negrura de la noche y reaparece con la fuerza de la jornada anterior.

»¿Qué haría diferente?

»Supongo que nada, sería una mujer similar con sus errores, su ignorancia y su evolución.

Bajó la cortina y caminó hacia el patio para dirigirse a la cocina. Ahí se preparó un café negro, como le gustaba. La noche anterior había dormido muy poco. Se sentía nerviosa.

Recordó las palabras de su hijo:

—Llegaré mañana a primera hora.

—Muy bien. Estaré pendiente. —Su respuesta.

Lavó la taza y la colocó junto a las otras en perfecta simetría. Apagó la luz que ya no era necesaria, la generosa claridad era suficiente para iluminar la habitación. Caminó de regreso a la sala, apagando cada uno de los interruptores, y encendió el televisor más por inercia, que por un interés real.

Escuchó las noticias habituales en un país al que le gusta vivir en círculos, igual que muchas personas lo hacen en su vida. Escogen el mismo camino una y otra vez, aun con la experiencia de que el resultado será igual, comenten errores semejantes, luego culpan al destino.

Se quedó adormecida ante el tono tedioso del locutor y su cansón análisis de la política. Entre sueños escuchó la voz de Henry pronunciando su nombre. La despertó su acento, y el aire frío que se colaba por la puerta abierta del patio que la hizo tiritar. En su pueblo le hubieran dicho que su fantasma había venido a visitarla. Hace mucho que había dejado de creer en las supercherías de su infancia, a pesar de eso, especuló si la anticipada visita de su hijo, tal vez habría llamado a su espíritu.

El noticiero había terminado, en la televisión un intérprete coreaba una canción de palabras insulsas y un sonsonete repetitivo y cansón. El chico pronunciaba frases que no concordaban con la felicidad que mostraba su bello rostro. Unos dientes perfectos y una linda voz que podría lucir con tonos de mayor dificultad. Sus brazos ostentaban tatuajes extraños que en otras épocas hubieran indicado sedición pero en la actualidad, solo mostraban alineación a la modernidad.

Bajó el sonido. «Supongo que soy yo, la que ya no encaja en este mundo», pensó, sonriendo al examinar su aspecto, era un joven lindo, no así la canción. Los movimientos del cantante eran agradables en silencio.

Escuchó el toque de la puerta y su corazón se aceleró. Ansiaba abrazar al pequeño que tanto amó, al adolescente que se apoyaba en ella, al hombre en el que se convirtió que la hacía sentirse

orgullosa, e imaginar que no fue errada su manera de educarlo. No obstante, él se había ido hace muchos años, y entendía que no volvería, porque nadie puede ser el mismo después de tanta vida.

Un nuevo toque la apartó de sus recuerdos. Se levantó del sillón y se dirigió a la puerta. Al abrirla encontró a David, y a Leonardo, un poco más atrás, con su cabeza inclinada observando la escena.

—¿Cómo está mamá?

Se aproximó despacio y colocó sus manos en cada mejilla, acarició su rostro mientras contemplaba las nuevas arrugas en él, las canas de su cabello ensortijado, vencieron tiempo atrás al tono de su pelo. Sus ojos grandes y verdes se inclinaban hacia sus orejas, a pesar de eso, guardaban el brillo que los hacía hermosos. Y su voz, esa voz de sus nostalgias.

—Me lo recuerdas tanto —afirmó Cecilia.

—Siempre me lo ha dicho, mi voz, sobre todo, ¿verdad?

—Así es. —Se le quedó mirando, transportada a su pasado.

—Creo que deberíamos pasar abuela —apuntó Leonardo.

—Tienes razón, disculpen, la emoción no me hizo darme cuenta de que aún están en la calle. Pasen, siéntense, o mejor vayamos a la cocina, les prepararé lo que gusten. Ayer pasé por el mercado por lo necesario para preparar, hasta esas comidas distintas que acostumbran por allá.

Los dos hombres sentados en su mesa, bebiendo de sus tazas, se le antojó una escena ajena, un juego perverso de su imaginación, como si otra persona, lo estuviera viviendo; sin embargo estaban ahí, el padre contándole historias de su niñez al hijo que las escuchaba con una vaga sonrisa de incredulidad, relatos que ella conocía, que recordaba con claridad, que pertenecían a una de sus tantas vidas.

—¿Lo recuerda, mamá? —indagó David, más como confirmación, que esperando una respuesta.

—Por supuesto. Recuerdo también los días siguientes a tu aventura al escalar esas paredes, las quejas y lloriqueos se me quedaron grabados.

—¿En verdad? Había escuchado la historia de tu desdén por la gravedad, aunque nunca habías hablado de los días siguientes, papá. Creo que omitiste algo muy interesante —bromeó Leonardo

La risa de ambos se elevaba por las esquinas de las paredes viejas. Ella esperaba que a su partida, cuando quedara sola en esa casa, esos rincones le devolvieran los sonidos felices de sus voces.

—Debo irme, abuela. El trabajo me espera. Vendré en cuanto pueda para estar con ustedes.

Dobló sus piernas para besar a su abuela en la frente. Ella sonrió. Amó a ese muchacho desde que era un pequeño. Le encantaba escucharlo combinar la perfección de su español con su inglés, al dirigirse a su madre y hermanos, mientras hablaba también con ella.

Hace cuatro años, al terminar sus estudios de agronomía en la universidad de Montana, Leonardo decidió hacerse cargo de las tierras de siembra que David había heredado en Xalisco, Nayarit. Esa noticia había sido conmovedora para Cecilia, aun si sus visitas no eran tan frecuentes ni tan largas como ella lo hubiera deseado, veinte minutos de distancia, le habían devuelto un poco de su familia.

—Muy bien. Cuídate, hijo. Sabes cuánto te agradezco que estés cerca.

Desapareció por la puerta que daba hacia el patio, acompañado de su padre que lo despidió hasta la calle. Hacía seis años que Leo había dejado la casa paterna, los visitaba siempre para las fiestas de día de gracias y navidad, aun así, debían extrañarlo.

Había comenzado a limpiar los platos, secarlos y ordenarlos, cuando David entró a la cocina

de nuevo.

—Aún acomoda las cosas de la misma manera.

Cecilia rio antes de responder.

—Dudo que a estas alturas de mi vida, pueda renovar mis hábitos.

David guardó silencio por unos segundos, suspiró profundo antes de responder.

—El cambio es bueno, a veces puede ser un indicador de que seguimos vivos y evolucionando.

—Antes nunca le tuve miedo.

—Entonces tal vez, podemos hablar de una propuesta.

Cecilia observó el rostro de su hijo a través del vidrio de la alacena. Sonrió con dulzura, imaginando sus palabras.

—Vayamos a la sala, ahí podremos conversar con calma —ella sugirió.

El sol del mediodía les acarició el rostro en su camino hacia la sala. Aunque el otoño en pleno se asilaba en la ciudad, solía ser benévolo con sus habitantes.

Cecilia se sentó en el sillón individual, no deseaba estar cerca de su hijo cuando le ofreciera vivir a su lado y lo rechazara una vez más. Repasó el contorno de la mesa lateral. Podía sentir los recovecos de la madera guiando sus dedos como una alegoría de los giros de su vida.

—Creo que imagina lo que le diré. —Se sentó frente a ella. Sonrió de forma melancólica, intuyendo que su respuesta sería la misma de siempre.

—Así es. Creo que me pedirás que me vaya contigo. Y te diré de nuevo que este es mi lugar.

—Cada vez que vengo se lo pido. La veo tan sola, tan lejos.

—Sí. Estoy sola, pese a ello, la soledad no es lo que me pesa. ¿Crees que viviendo a tu lado disminuiría? La misma dificultad que tienes para tomar el teléfono y comunicarte, la tendrías conmigo a tu lado. Tu día está administrado de tal manera que no hay suficiente espacio para mí. —Soltó la mesa, levantó el rostro para mirarlo a los ojos—. No creas que no lo entiendo. Tienes tu trabajo, tus problemas, tus amigos. ¿Me siento sola?, sí, muchas veces. Sin embargo, nada cambiaría estando allá, por el contrario, me sentiría aislada. Aquí salgo a caminar, me voy al mercado.

—Tiene razón. Nos enredamos en nuestro trabajo o nuestros problemas y relegamos a los demás. Eso no significa que no la amo. No he olvidado la promesa que le hice. No la he podido cumplir, la vida te va llevando. Me digo: «mañana llamaré a mamá». Luego la rutina, los problemas, los hijos entretienen tu mente, pasan los días y cada vez te alejas más de las personas que amas. La vida nos absorbe. Por eso no me quiero ir sin usted. Me sentiría culpable.

—Siempre te hablé del amor en libertad. Ese es el cariño que te otorgué. Abres las manos lo suficiente para dejar volar, a la vez que curvas los dedos para sostener. —Ella levantó sus manos para mostrarle el significado de sus palabras—. Las curvé para apoyarte cuando me necesitaste, pero permanecieron abiertas para dejarte ser. Un día esas mismas manos te empujaron para volar. —De nuevo movió sus manos como si lanzara un pajarillo al vuelo—. Eres un ser libre. No debes amarme a través de la culpa, me gusta que me ames a través de tu corazón, de tu agradecimiento, de la autonomía que me das de vivir mi vida, como yo te dejé vivirla a ti. Mientras fuiste un niño guíe tus pasos, ahora, amo tu independencia, igual que amo la mía.

—Lo sé mamá, pude sentirlo siempre; con todo, quiero cuidarla igual que usted lo hizo conmigo, estar ahí y no dejarla sola hoy que es mayor.

—“Soy mayor”, me da risa esa expresión nueva, antes les decíamos viejos sin que nadie se ofendiera, porque el que cambien las palabras no cambia los hechos, en fin, soy vieja, lo observo cada día cuando me miro al espejo; por lo mismo necesito el arraigo. Amo mi país, mi ciudad, mi

casa, estar aquí. Aún estoy fuerte, hijo. Me gusta ser dueña de mi espacio, tal como está, con cada cosa en su lugar, de la manera que lo ajusto. A pesar de cada uno de mis pecados, me bendice la vida, dándome vigor. Aún me puedo valer por mí misma.

—Antes usted tenía el consuelo de sus amistades. Recuerdo que me hablaba de ellos con mucha emoción y cariño.

—Es verdad, solía pasear por el parque de la Loma con ellos. Se fueron uno a uno. La vida es así. Es como ir por una senda en la que dejas pedazos de tu vida. Te duele cada pérdida, nunca te acostumbras a las despedidas.

Bajó la cabeza recordándolos. Ambos guardaron unos momentos de silencio.

—Ese dolor lo he sentido ya —declaró David—. La primera vez que pierdes a un amigo tan querido, te duele mucho, no solo eso, te hace consciente de tu propia mortalidad, sientes la cercanía de la puerta que es final de la vida.

—Esa puerta está abierta siempre, hijo, pero es cuando alguien de nuestro rango de edad la atraviesa que empezamos a sentirla cerca.

David se levantó y se puso de cuclillas frente a ella. La miró unos segundos, antes de continuar.

—Quiero tenerla a mi lado —suplicó.

Cecilia besó su frente. Se tomaron de la mano. En esa piel, en ese instante, fue como si volviera a sentir a su lado al niño que antes fue.

—Mira, hagamos un trato, mientras sea fuerte, permíteme quedarme. Me llamarás un día de la semana, el que sea conveniente para ti. Cuando la vida no me permita valerme por mí misma, entonces me iré contigo. Por lo pronto, estaré bien. No me malinterpretes, me agrada estar a tu lado, pero todavía no quiero sentirme derrotada por la vida.

Cecilia se levantó y caminó hacia la puerta que daba al patio. Él se levantó con lentitud.

—No cambiará de parecer, ¿verdad?

—No lo creo.

—Está bien, mamá. Encuentro justo ese trato.

Ella se acercó para abrazarlo muy fuerte. Él acarició su cabello. Cerró los ojos por unos instantes, al abrirlos se encontró con la pintura de su madre frente a él.

—Hace mucho tiempo que no veía ese retrato. —Él se acercó a la pintura para sentirla—. Recuerdo que la quitó poco después de que murió papá.

—Mi querido Henry. Muchas cosas se me fueron con él... Rae me convenció de ponerla de nuevo. Esa niña trajo a mi vida un nuevo sentido. Me entusiasma esperar sus llamadas en video. Nos parecemos tanto. Leo me enseñó a usar el aparato; me comunico con Sam también, ya conocí a los gemelos a través del video. No estoy tan sola como puedes ver. Leonardo me visita de vez en cuando. Debo entender que son jóvenes y agradecer el tiempo que me conceden. Y si tú estarás más en contacto, todo irá mejor, ya lo verás. Si Vincent y Briella aprendieran español, tal vez podría tener una buena relación con ellos también.

—Siempre admiré su fortaleza. Nunca deja de sorprenderme... Quiero pedirle algo que no podrá negarme. Deseo hacer un viaje con usted.

—¿Conmigo? ¿A dónde? —Cecilia se soltó del abrazo y se recargó en el marco de la puerta.

—Hace poco leí un artículo que cuenta cómo los investigadores Vázquez, Vargas, y Aragón descubrieron en México, un paraje donde se puede encontrar hojas de maple. Me llamó la atención porque recordé la historia de la muerte de Lisandro. Leí el artículo e investigué lo suficiente, y es el bosque de Arce de Talpa de Allende.

—Recuerdo haberte contado de las hojas. Ahí sucedió todo. —Lo dijo en un tono quedo, más

para sí misma que intentando comunicarse con él.

—Quiero ir y escuchar la historia de nuevo.

—El día que te describí lo que sucedió, me pediste no volver a hablar de ello.

—Así es. A veces piensa uno que no hablar de un hecho lo hará desaparecer algún día. No es verdad, el silencio solo te carcome por dentro. Necesito escuchar cada detalle. Encontrar ese artículo me revolvió sentimientos que dolían, necesito escucharla de nuevo, pero no aquí, quiero ir al bosque de Talpa.

—¿Qué buscas?

—Ni yo mismo lo sé.

—No sé si pueda volver a ese lugar. —explicó Cecilia aferrándose con más fuerza al marco.

—Por favor mamá. Necesito escuchar la historia completa ahí.

—De acuerdo, David. —Caminó hacia el patio. —Veremos que sale de todo esto.

A principios de los setentas, la calle México en la ciudad de Tepic era un lugar transitado durante la mayor parte del día. Lo mismo podía verse gente, caminando despacio que apresurada; automóviles viejos y nuevos, que carretas cargadas de gujarros con agua, acarreados desde el río para llevar a casa. Era como si en un solo espacio convivieran la historia y la modernidad. Podía pasar una chica de minifalda a un lado de una mujer huichol, ambas orgullosas del atuendo que portaban.

Junto a la zapatería de la esquina, la tienda de artesanías mostraba en su aparador, vestidos, accesorios huicholes, o rebozos de seda fina. Y justo al lado de ese negocio, la tienda de antigüedades y arte “Cil”, mostraba artículos para la gente que amaba la historia y los artistas desconocidos.

Al principio, la idea de Cecilia al abrir esa tienda, la motivó la supervivencia. Nadie le hubiera dado trabajo a una mujer embarazada o con un niño pequeño; Era preciso crear su propia fuente de empleo. Después comenzó a disfrutar el lugar. Se hizo conocedora del mobiliario antiguo, sabía distinguir las cosas de gran valor. Un día un artista desconocido llegó a su tienda para pedirle que pusiera a la venta su trabajo en ese lugar a cambio de un porcentaje. Tuvo buena demanda por lo que llegaron muchos más. Algunos tenían éxito, otros trabajos permanecían durante meses en la tienda, hasta que se vendían a precios muy bajos o el propio artista aceptaba su derrota. Ya no era solo una tienda de antigüedades, sino un lugar para el arte.

Su hijo con solo siete años, la acompañaba muy temprano a limpiar el lugar, luego se iba a la escuela que quedaba a unas cuerdas de la tienda. Al regresar al medio día, continuaba ayudando en lo que fuera necesario, luego volvía a la escuela por las tardes, como era el horario escolar en aquel tiempo, luego juntos cerraban para ir a casa que estaba en la parte trasera.

La tienda se convirtió en un refugio para ambos. La gente que solía comprar, tenía cierta sensibilidad. A ella le gustaba ver a su hijo rodeado de esas personas. Jugaba dentro o en la entrada. Escuchaba las historias de los artículos que vendían, o las críticas al trabajo de los artistas.

Cecilia recorrió la tienda, acariciando la fina madera de las mesas y escritorios, se acercó a un ropero antiguo que había reparado. El espejo estaba roto, tardó en encontrar una pieza acorde al acabado del mueble. Al comprarlo observó su imagen dividida en pedazos en el reflejo, no pudo evitar pensar en su vida fragmentada y como en cada una era una Cecilia distinta. El guardarropa ya estaba reparado y el reflejo le mostraba a una mujer de treinta y siete años, satisfecha consigo misma.

—¿Mi padre dibujó tu cara en el cuadro de la sala? —Preguntó David mientras observaba los cuadros con diferentes rostros en la tienda.

—No, cielo, ese lo pintó Rogelio. Tu padre se llamaba Lisandro, ¿recuerdas?

David continuó analizando las obras por unos minutos.

—Quiero que Rogelio sea mi padre, deseo ser pintor como él. —comentó el pequeño, luego salió a jugar en la entrada.

Cecilia pensó en explicarle que eso no era algo que pudiera elegirse; sin embargo, después vendrían muchas preguntas para las que aún no tenía respuesta y prefirió callar. Ya habría tiempo de explicarlo todo cuando fuera mayor.

—Es hora de volver a la escuela.

El niño tomó la mochila, la colocó en sus hombros y besó la mejilla de su madre, luego salieron juntos de la tienda, él comenzó su camino despidiéndose con un movimiento de sus manos. Ella observó su caminar lento hasta verlo desaparecer por una esquina dos cuerdas

después.

Se quedó parada pensando en su evolución después de nacer su hijo. Tan absorta estaba que no se dio cuenta de que había entrado un cliente a la tienda.

—¿Me va a atender, o es necesario esperar a que termine de planear su futuro? —renegó el hombre con un claro acento español.

Era un sujeto en sus cuarentas, no muy alto, de cabello ondulado al que se asomaban algunas canas tempranas, con cejas y barba poblada, ojos oscuros pequeños, de mirada profunda, de piel blanca aunque bronceada.

Cecilia frunció el ceño ante la brusquedad de sus palabras, si bien, no dejó que su molestia interfiriera en una posible venta.

—Lo siento, no sé en qué me quedé pensando. ¿Qué puedo hacer por usted?

El hombre metió la mano en el bolsillo de su casaca y sacó un estuche que contenía un collar de rubíes, y unos aretes con la misma piedra. Era una joya magnífica que parecía ser auténtica. Sin decir nada, la abrió y la colocó sobre el mostrador para que Cecilia pudiera apreciarla.

—¿Desea venderla? —conjeturó Cecilia.

—¿Cree que la expongo solo para que la admire? —él respondió con ironía.

Cecilia respiró profundo y lento, cerró el estuche y lo acercó a su dueño.

—Lo siento, no es el tipo de mercancía que manejo, no vendo joyas, sin contar con que no tengo suficiente dinero para pagar su precio. De verificarse su autenticidad, ni podría pagarlo, ni mi clientela es del tipo que buscaría una joya así.

—Entiendo. —Él tomó el estuche, lo colocó de nuevo en su bolsillo y salió sin decir nada más.

«¡Es un antipático este hombre!», pensó Cecilia, encogiéndose de hombros y sonriendo ante la extraña situación vivida.

Continuó sus labores usuales. Debía poner en orden los libros de la tienda, y etiquetar la mercancía que había adquirido días antes. Entre los compradores y los mirones, la tarde había pasado sin que lo notara. Miró el reloj y le pareció extraño que David no hubiera regresado.

No solía tardar, a excepción del día que la maestra lo retuvo hasta que terminara sus labores. El retraso entonces fue de quince minutos, hoy pasaron casi treinta de la hora habitual de su llegada.

Había dos clientes en el establecimiento aún. Debió atenderlos con amabilidad, a pesar de sentirse ansiosa por asomarse a la calle. Cuando al fin se fueron, cruzó la puerta y buscó nerviosa el rostro del David entre los paseantes.

Decidió cerrar la tienda e ir a buscarlo. Justo en el instante en que ponía el cerrojo, descubrió el rostro del chiquillo que saboreaba un helado, feliz, de la mano del hombre del collar de rubíes.

Sintió la sangre que fluía por su cuerpo y el corazón latiendo al ritmo de su miedo. ¿Qué hacía ese individuo junto a su pequeño?

—¡David! ¿Dónde estabas? ¿Por qué estás con él? —Jaló al niño con suavidad para que lo soltara.

—Mamá —pronunció el chiquillo con la nieve en su boca al tiempo que se acercaba a ella—. Él es mi amigo. Habla extraño.

—Calla. Ve a la tienda. —ella ordenó.

—Pero...—objetó David.

—Será mejor que me obedezcas si no quieres tener más problemas.

El niño asintió, luego volteó hacia Henry y se despidió haciendo un movimiento de su mano.

—Adiós Henry.

—Adiós David. —le dijo el individuo que permanecía inmutable ante la escena.

—¿Qué quiere? ¿Por qué buscó a mi hijo? Si lo veo molestándonos de nuevo, llamaré a la policía. —Cecilia lo miró enfurecida deteniendo sus puños junto a su vientre.

—Si cree que su hijo corre peligro conmigo o con cualquier otro extraño, no debería permitir que anduviera solo por la calle. —La sonrisa del español la exasperó más.

—Mi hijo está bien. No sé cómo sea en su país, pero en México la gente es pacífica, en esta ciudad, sobre todo.

—Pues no lo debe ser tanto, si usted está al punto de un ataque de nervios por la tardanza de David. Vosotros como padres deberíais ser más cuidadosos. Un hijo vale mucho para estarle exponiendo a todos los peligros que hay en el mundo. —Por primera vez el deo del español, cambió de burla a disgusto. Dio unos pasos hacia Cecilia que levantó el rostro para demostrarle que no le tenía miedo—. Cuidadle, mujer.

—Usted no es nadie para decirme cómo educar a mi hijo. Aunque, sí, tiene un poco de razón. Estando usted en la ciudad, tendré más cuidado con el niño.

Se miraron un momento de forma desafiante. Luego volvió la sonrisa irónica. Volteó y dio unos pasos, luego volvió a girar hacia ella. Iba a decir algo, al final prefirió callar y se alejó.

Cecilia observó a su hijo sentado a la entrada de la tienda terminando su helado. El miedo a que algo le sucediera la hizo estremecer. Todos los niños iban a la escuela, sin que los padres temieran algún peligro. Por lo visto, nunca faltaba un extraño, cuyas costumbres fueran diferentes. Por las mañanas era fácil acompañarlo a la escuela; no obstante, sería un lujo cerrar la tienda a medio día, cuando más clientes acudían.

Caminó hacia David y se sentó a su lado, debía explicarle lo peligroso que es acercarse a los extraños.

—¿Está enojada, mamá?

—No, cariño, no lo estoy. Más bien estoy preocupada.

—Le prometo no volver a hacerlo. Tendré más cuidado como me dijo Henry.

—¿De qué hablas? —Estaba confundida.

—Iba jugando con una piedra en el camino y no puse atención al cruzar la calle. Venía un automóvil muy rápido. —Cecilia se cubrió la boca y tomó aire con fuerza—. Henry me abrazó. El coche solo le golpeó un poco la pierna porque el señor que manejaba lo detuvo. ¿No te fijaste que Henry caminaba extraño?, es porque está herido.

—No lo noté. ¿Y qué sucedió después?

—El chofer se bajó asustado, pero Henry le dijo que había sido nuestra culpa, en realidad fue mía, él solo me ayudó.

Cecilia guardó silencio intentando procesar lo que había sucedido. El español tenía razón, debía cuidar más al pequeño. Los peligros en la calle eran muchos para un niño de esa edad.

—Desde mañana yo misma te llevaré a la escuela e iré por ti a la salida.

—¡Qué! —David negó con su cabeza, descontento—. No, por favor, mamá, nadie lo hace, dirán que soy un bebé. No quiero que vaya.

—Te dejaré a una cuadra de la escuela, ¿Te parece? De ahí veré que entres y te esperaré al salir.

—Está bien. —aceptó el niño a regañadientes.

Al día siguiente lo llevó a la escuela, tal y como lo prometió, dejándolo a una cuadra. Le advirtió que debía esperarla en el mismo lugar a la hora de salida.

Estaba ahí, tal como lo prometió. El niño se despidió de sus amigos, luego osciló su mano en

dirección a una banca del jardín que estaba frente al edificio escolar. Cecilia dirigió su mirada, observó al español, sentado, despidiéndose de igual forma.

—Hola, mamá —saludó con frialdad, dejando en claro su molestia.

—Vamos, tenemos que apurarnos, no quiero dejar solo el establecimiento. Esta hora es la de más ventas.

A las tres de la tarde, volvió a llevar a David a la escuela y a las cinco, regresó por él. El español ya no estaba cerca.

Cecilia y su hijo salían a pasear los domingos, su paseo preferido era el parque La Loma, un enorme paraje rodeado de árboles y de encanto familiar, les gustaba sentarse en una banca y disfrutar la paz de la naturaleza. David se encontraba a sus amigos o conocía nuevos, luego correteaban divertidos. Ese domingo, caminaban buscando el lugar perfecto. Habían llegado un poco temprano, la gente aún era poca.

—Mira mamá, es Henry —gritó el pequeño al tiempo que señalaba a un hombre tirado sobre el pasto a un lado de su cazadora—. Iré a saludarlo.

—Espera —ordenó Cecilia, un poco tarde, pues el niño ya estaba cerca del español.

Fue tras él. David se tiró en el césped de igual manera, el hombre volteó hacia el niño y sonrió.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó el pequeño.

—Observo el cielo, me gusta ver las nubes a través de las ramas de los árboles, el viento las mueve y son imágenes majestuosas, a veces pueden verse destellos del sol reflejados en las hojas húmedas. Son imágenes que reflejan la libertad de la naturaleza.

Ambos comenzaron a señalar lo que percibían en el cielo. Cecilia se quedó callada observando la escena.

—Debería intentarlo. Venga, disfrute las imágenes.

—Sí, mami, así como nosotros.

Dudó unos momentos, dio una ojeada a su falda corta y su blusa de seda, se encogió de hombros y se recostó igual que ellos.

—Mueve tu cabeza hacia un lado, y verás que parece como si los árboles se movieran en sentido opuesto a las nubes.

—Es verdad, muévela usted también, mamá; es fantástico.

—¿Sabíais que los árboles simbolizan la creación en muchas culturas? En Egipto, por ejemplo, eran venerados, ya que sus raíces están en la tierra y sus ramas alcanzan el cielo. Y en la Grecia antigua se le asignaba a cada Dios un árbol.

—Es como lo que me contó mi mamá, del árbol de la vida, Adán y Eva ya no pudieron tomar los frutos de él, por eso morimos, como mi padre. Mamá dice que es Lisandro. —Encogió los hombros. —yo quiero que mejor Rogelio sea mi papá.

El hombre miró a Cecilia. Ella solo negó con la cabeza. Él sonrió.

—Sigamos admirando el firmamento. —Henry señaló hacia las copas de los árboles—. Vigilemos al viento, fíjate como las ramas se mueven como si abrieran las puertas del cielo. Y distingue el destello del sol en las nubes y en las ramas.

Cecilia observó el vaivén de las hojas. Le gustó la comparación de estas con las puertas del cielo. El paseo en ese parque era cotidiano, si bien, no había visto a través de sus árboles jamás.

Se quedaron callados admirando el firmamento por un largo rato, luego Cecilia decidió incorporarse y buscar una banca cercana. Ellos continuaron un poco más hablando de lo que veían, hasta que un pequeño le habló a David para invitarlo a jugar.

—¿Puedo ir mamá?

—Ve. Solo no te alejes. Recuerda que el límite es el sonido de mi voz, si no me oyes, esa distancia ya no está permitida.

—Lo sé. El chico corrió feliz tras la pelota de su amigo.

Henry se levantó con lentitud y se sentó a su lado. Se mantuvieron callados, observando el juego de los pequeños.

—Es un niño muy inteligente. —Él rompió el silencio.

—Lo es. —Se detuvo antes de continuar—. Escuche. No quiero parecer malagradecida. Lo que usted hizo por mi hijo... No hay forma en la que pueda expresar mi gratitud, sin embargo, usted es...

—¿Un loco? —La sonrisa irónica acechando de nuevo.

—No. Solo extraño. En un momento está refunfuñando en mi tienda, al otro salva a mi hijo de un accidente. Luego se vuelve un mandón que me reclama la manera que lo educo y al día siguiente es un espía. Hoy es un hombre que mira al cielo, y que siempre muestra una sonrisa insolente.

Henry rio por un buen rato antes de responder:

—No quería ser un espía, deseaba asegurarme de que el pequeño estuviera bien. Los demás adjetivos son mi descripción...Lo que sí le debo es una disculpa, no sabía que usted era viuda. Me apesure en mi juicio. Conozco lo difícil que es criar a un niño solo. ¿Desde cuándo es viuda?

—Mi esposo cayó de una escalera hace más de diez años.

Henry levantó una ceja, volteó hacia David y sonrió de medio lado.

—Dijo que conocía lo que es criar a un hijo solo. ¿Tiene hijos? —preguntó Cecilia. El rostro de Henry cambió por completo, la sonrisa se borró de sus labios y una sombra de enojo se reflejó en su mirada—. Lo siento no quise parecer entrometida.

—Yo comencé con las preguntas. Los tuve...No he hablado de ello en mucho tiempo, no me es fácil. Yo...

—No tiene que contarme. Tal vez más adelante pueda hacerlo—De nuevo sonrió, esta vez con tristeza.

—Huímos a Portugal unos años después que la guerra civil devastó nuestro país. No emigramos por cuestiones políticas, más bien huíamos de la pobreza en la que estábamos hundidos. Éramos muchos, y el gobierno de Portugal no tenía otra opción que repatriarnos. Ni mi esposa ni yo deseábamos volver, entonces el gobierno de México ofreció su ayuda. Así que decidimos embarcarnos a un país del que no conocíamos nada, llenos de esperanza de un mejor futuro.

—¿No les fue bien al llegar? —Miraba hacia ella; no obstante, algo en su mirada indicaba que no la veía, sino a sus recuerdos.

—Ella y nuestro hijo por nacer no tuvieron oportunidad de conocerlo, enfermaron en el barco, murieron tras una dolorosa agonía. Mi hijo de tres años y yo llegamos a Veracruz hace veinte años.

—¿Todavía está con usted?

Él negó con su cabeza.

—Llegamos aquí solos, y así continuamos, no hubo ayuda, nos trajeron a un país extraño, nos llevaron a una ciudad desconocida y luego nos dejaron a nuestra suerte. No fue diferente estar aquí que allá, la pobreza era la misma, mi hijo enfermó y no pude hacer nada por él. Tenía cinco años cuando murió en mis brazos. Pude sentir su fuerza de vida disminuyendo, sus latidos se

escuchaban cada vez más lentos y yo no pude hacer nada.

Se quedaron callados. No había más que decir, de alguna manera, ella entendió su conducta, la protección a su hijo y la rabia contenida que afloraba en sus actitudes. Ella reparó en su atuendo, llevaba el mismo pantalón azul marino y la camisa beis que llevaba puesta el día que lo conoció, la cazadora estaba en su mano. No parecía un vagabundo, estaba aseado aunque su ropa era la misma de cuatro días atrás.

—¿Dónde vive Henry?

—Vaya, es la primera vez que pronuncia mi nombre, y yo solo la conozco como “*mamá*”.

—Me llamo Cecilia.

—Cecilia. —Repitió su nombre. Le gustó su acento al pronunciarlo—. Me agrada. —Ella sonrió.

—Pero no ha respondido. ¿Dónde vive?

Él suspiró con lentitud antes de contestar.

—Desde que murió mi hijo he vivido de ciudad en ciudad. Trabajando en una cosa u otra. He llegado aquí hace dos semanas y me urge conseguir un empleo.

Cuando nació David, se había prometido no volver hacer cosas sin reflexionar sobre ellas antes; sin embargo, sin pensarlo demasiado, tomó una decisión repentina.

—Hace tiempo que estoy buscando un ayudante. Algunas veces hay que mover muebles pesados o realizar actividades que me obligan a cerrar la tienda. ¿Le gustaría trabajar para mí?

—¿Por qué tu apellido es raro? —le preguntó David, mientras Henry tomaba un descanso de su trabajo en la tienda. Ambos estaban sentados en la escalinata de la entrada, saboreando unos pastelillos comerciales.

—Mi papá murió cuando era muy pequeño, no lo conocí.

—Como yo. —David bajó su rostro e hizo una mueca.

—Así es, luego cuando tenía seis años, también perdí a mi madre. Me fui a vivir a casa de una tía muy lejana que no le agradaba mucho la idea de tenerme cerca.

—¿Por qué?

—No lo sé. Tal vez era travieso.

—Como yo. —Ambos sonrieron.

—Cuando era un adolescente mi tía me consiguió trabajo en una granja. Ahí conocí a Troy Wallace y su esposa Debra. Era una pareja mayor de americanos que tenían mucho tiempo viviendo en España. Entre ellos y yo surgió un cariño muy especial.

—Como tú y yo.

—Sí, como tú y yo. —Despeinó el cabello de David que reía juguetón—. Un día decidieron que querían ser mis padres, así que hablaron con mi tía y desde entonces mi apellido es Wallace. —David lo miró fijamente con un brillo especial en su mirada.

Ambos callaron y continuaron saboreando los panecillos. Cecilia había estado parada cerca de la puerta, escuchando la conversación.

Los seis meses anteriores, Henry había demostrado ser un hombre responsable y buen trabajador. La parquedad de sus palabras continuaba siendo su característica principal. Con todos, menos con David. Después de aquel día en el parque no habían vuelto a tocar el tema de sus hijos o su esposa. Los detalles de su vida, los fue conociendo a través de los interrogatorios interminables del niño que no parecían molestarle.

—Es hora de volver a la escuela, cielo. —le indicó desde el interior del local. —Henry, estoy un poco ocupada, ¿sería posible que lo acompañara?

—¡Sí!, por favor, Henry. Llévame tú.

—Vaya. ¿No me digas que le permitirás dejarte en la puerta? —preguntó Cecilia, fingiendo molestia.

—Sí. Quiero que todos mis amigos vean que él me lleva.

Henry no dijo nada. Solo sonrió y extendió su mano. El pequeño la tomó y se despidió sonriendo.

No era necesario que saliera para imaginar la felicidad de su hijo camino al colegio. En realidad no había demasiado que hacer, solo necesitaba unos momentos para encontrar las palabras justas para conversar con Henry.

Cuando él regresó le pidió que se sentara frente al escritorio que ella ocupaba para realizar el trabajo administrativo del negocio. Él observaba sus movimientos. El contexto era obvio, había que poner distancia entre ellos y qué mejor que la posición de una jefa frente a su empleado con un escritorio de por medio.

—Me va a despedir. —Cecilia guardó silencio. Las palabras que había ensayado momentos antes parecían obsoletas ante su señalamiento—. ¿He hecho algo mal?

—No Henry. Usted es un excelente empleado. Es solo que...

Se quedó callado mirándola de fijo mientras ella encontraba la forma de explicar la situación. No deseaba hacerlo. Su presencia se había vuelto importante. Cada día se levantaba esperando el momento de verlo. Entendía el sentimiento de su hijo hacia ese hombre, los había conquistado con su forma de ser, tan especial.

Ella correspondió a su mirada. No había una sonrisa sarcástica, o enojo en él. Advirtió un dejo de tristeza, o tal vez solo era el reflejo de la suya. El momento fue claro. No lo había entendido hasta ese instante. La espera de un nuevo día para volver a verlo. La emoción y seguridad de sentirlo cerca. Los latidos de su corazón al escucharlo hablar con su hijo.

—Usted no ha hecho nada mal.

—Pero me está despidiendo.

Ella bajó los ojos y comenzó a remover los papeles que estaban sobre el escritorio de un lado al otro, sin un sentido.

—¿Recuerda aquel día en el parque? Usted me dijo que desde que perdió a su hijo había ido de ciudad en ciudad, de trabajo en trabajo. Entiendo que no tiene un rumbo fijo, una idea del porvenir. Pero mi hijo ha empezado a quererlo mucho, y no quiero que siga ocurriendo, no quiero que sufra cuando usted se vaya.

Henry detuvo el movimiento de sus manos para que dejara de revolver los documentos. Ella levantó su rostro para mirarlo.

—No me iré. Por primera vez en muchos años vuelvo a sentir lo que es vivir. Cuando llegué a esta ciudad, tuve la sensación de estar en casa. No sé por qué, era como volver a la raíz. Luego conocí a David y todo fue diferente. Fue una casualidad estar sentado en ese jardín frente a la escuela, no lo fue que lo protegiera del automóvil. Lo había visto el día anterior, cruzaba la calle sin ni siquiera voltear. Ese día no hubo problema. Al día siguiente volví, temiendo que sucediera, y así fue. Volvió a cruzar sin cuidado. Estuve ahí, porque así tenía que ser.

—Nunca será suficiente lo que pueda agradecerle por haber estado ahí.

—Entonces déjeme estar junto a él. No me iré.

Cecilia se levantó en silencio, caminó a la vitrina, intentando pensar con claridad para tomar una decisión correcta. El portaluna colocado en la parte de atrás reflejaba su desconcierto.

Él se acercó a ella vacilante, se colocó a sus espaldas y tocó sus hombros.

—Permítame estar junto a David...Permíteme estar junto a ti.

Ella giró sorprendida de sus palabras, observó sus ojos y sintió el reflejo de sus sentimientos hacia él. ¿Era verdad? O su ilusión la estaba engañando.

—Déjame ser el padre de David. Quiero serlo igual que Troy fue mi padre. Casémonos.

Cecilia negó con su cabeza. No se casaría de nuevo para cambiar su situación. Ni aceptaría que otro hombre decidiera su destino sin preguntar su deseo. Le dio la espalda de nuevo y observó su confusión en el portaluna.

—No necesito a un hombre para criar a mi hijo. No me uniré a alguien para regalarle un padre.

—Perdóname. Soy un imbécil, no supe expresar lo que siento. Después del accidente, llevé a tu hijo a la nevería, ese chiquillo se da a querer con facilidad, ese día no dejaba de hablar de la escuela, de sus juegos, sobre todo, de ti. Ahí comencé a admirarte. Una mujer capaz de criar a un hijo como él, tenía que ser especial. Luego cuando supe que estabas sola, te empecé a respetar más. Quiero ser el padre de David, sobre todo, quiero que seas mi esposa, tal vez me haya enamorado de ti a través de él, pero tú has reforzado ese sentimiento.

—Hablas de lo que tú sientes, si bien, no me has preguntado qué es lo que yo quiero.

Él tomó sus hombros y cambió su posición de manera de quedar frente a ella.

—Tienes razón, no he preguntado por tus sentimientos. Dime lo que piensas.

—No lo sé. Las decisiones de mi vida fueron precipitadas, la mayoría de ellas resultaron un fracaso. No quiero repetir la historia. Necesito analizar las cosas con profundidad.

—Entiendo. He sabido siempre que eres una mujer especial. Primero que nada, renunciaré a este trabajo. Encontraré el modo de ganarme la vida como tú que has luchado por esta tienda. El collar que mi madre heredó a mi esposa, servirá para ello. Ya lo había decidido desde antes de conocerlos, ¿recuerdas? —Ella asintió

—¿Estás seguro? Debe tener muchos recuerdos.

—De alguna manera desprenderme de él me permitirá dejarlos ir. Me gustaría continuar visitándolos, si me lo permites, y si algún día me gano tu cariño, será grandioso, si no, aun así hoy he decidido ser feliz. Es el momento de recomenzar.

Capítulo X

“La vida solo se puede entender mirando hacia atrás, pero sólo se puede vivir mirando hacia delante.” Soren Kierkegaard

Cecilia Dorantes observaba el camino en silencio, mientras David conducía la camioneta. Los sembradíos y las pequeñas casitas parecían detenidas en el tiempo, no habían cambiado, aunque la altura de las plantas indicaba que apenas comenzaban a brotar.

Unas horas antes se habían detenido en Jala, para comprar algo de comer. David propuso almorzar en Talpa, pero ella no deseaba detenerse ahí; además, pasar por Jala y no probar sus típicas y deliciosas gorditas de maíz sería imposible. Después de todo es conocida por sus enormes maizales que llegan a medir cuarenta centímetros.

—La próxima vez que vuelva, visitaremos el volcán Ceboruco, ¿recuerda cuando lo hicimos con papá?

—Por supuesto, aunque aquella vez subimos en bicicleta, ahora creo que tendríamos que hacerlo en coche. No creo que a mi edad pudiera resistir pedalear tanto. —Sus ojos brillaban al decir estas palabras—. Me encantará continuar viajando contigo. Podríamos bañarnos en la cascada también.

—Es una gran idea, por lo pronto, será mejor continuar.

Al llegar a Talpa, la emoción en su cuerpo la hizo temblar. Contempló la pequeña plaza donde años atrás Lisandro y ella esperaban a Roldán. Era como si el tiempo se hubiera detenido en ese sitio. Los recuerdos comenzaron a perturbarla.

—¿Tiene frío, mamá? —preguntó David, al sentir el estremecimiento de Cecilia. Ella volteó a verlo como si hubiera olvidado que estaba a su lado.

—No, hijo, creo que son mis nervios. Espera. ¿Podrías doblar en esta esquina?

David la miró directo a los ojos por un instante y luego giró el volante sin hacer más preguntas.

—Sigue derecho por esta calle. Estacionate del lado izquierdo. En esta casa vivían el tío y primo de Lisandro. Nos hospedaron unos días.

La vivienda estaba abandonado. Las paredes y los techos parecían a punto de sucumbir. Era claro que nadie la había ocupado durante todo este tiempo. Tal vez Pedro decidió alejarse del pueblo después de lo sucedido.

—Será mejor que continuemos —le pidió, después de unos minutos de observar la casa y adentrarse en sus recuerdos.

Saliendo del pueblo les quedaban dieciséis kilómetros por un camino nada fácil de transitar. Después de los sembradíos, comenzaba el camino por la sierra. Luego llegaron al lugar donde debían estacionarse y continuar a pie.

Cecilia llevaba tenis negros y azules, y un conjunto deportivo marino con detalles rojos y una chamarra negra. Él también usaba ropa cómoda que le permitiría un mejor movimiento.

Caminaron despacio, la entrada era distinta. Tenía un letrero de bienvenida. El lugar se había transformado en un centro turístico. Muchas personas exploraban el lugar.

Al entrar, Cecilia observó algunas bolsas de frituras y botellas plásticas en el suelo. Se agachó a recogerlas y las guardó en una bolsa de plástico que también se encontraba ahí.

—Es un lugar tan hermoso. Ojalá la gente entendiera que debe cuidarlo —protestó ella.

—Así es, mamá. Tengo entendido que estos árboles de arce están en peligro de extinción por lo que son un área protegida. Permítame ayudarla, yo llevaré la bolsa por si encontramos más basura en el lugar.

Admiraron los helechos gigantes, los grandes pinos y por supuesto, los arces que hacen especial a este paraje. El otoño y sus hojas caídas, les ofrecían el sonido de bienvenida al paso de sus pies. Los tonos ocres de las hojas eran una visión extraordinaria. Incluso el aroma era más dulce, más húmedo, incitante, como una mezcla de equilibrio y rompimiento a la vez. Caminaron alrededor de quince minutos, luego Cecilia se detuvo y observó el lugar con melancolía.

—Siempre odié la idea de ser hijo de Lisandro —David manifestó, rompiendo el silencio e iniciando la conversación que buscaba—, sentí su muerte como si me hubiera abandonado. De pequeño me contrariaba que usted me dijera que mis ojos y mi voz se lo recordaban, o que hablara de él con cariño. Después no entendía por qué le contaba a papá de él.

—Henry y yo no tuvimos secretos. Ambos conocíamos cada detalle de nuestra vida. Ven sentémonos. —Le indicó señalando un tronco en el lugar—. Lisandro supo que estaba embarazada unos momentos antes de morir, eso lo sabes, a él le hubiera gustado verte crecer.

—Hay cosas que no entendí cuando me contó la historia. ¿Conocía al asaltante? ¿Cuál fue la razón del ataque?

—Pedro, el tío de Lisandro, nos amenazaba con una pistola. Deseaba el dinero que Zamudio, su jefe, le había entregado. Pero yo destruí esos billetes en un momento de rabia.

—¿Fue su propio tío el que lo mató? —Ella asintió—. ¿Y ese dinero de dónde provenía?

—Nunca lo supe. Era más que claro que era un dinero ilegal.

—¿Por eso lo destruyó?

—No fue algo que hubiera planeado con sensatez. Era más una lucha por el poder.

—No entiendo.

—Yo nací en una cultura en la cual las mujeres no podíamos ser. No éramos dueñas de nosotras mismas. Le pertenecíamos a un padre, a un hermano, después a otro hombre. No sabía que yo era un ser humano con derecho de soñar, de ser libre. Nunca te había hablado de Alberto. Si lo que viví hubiera sucedido en esta época, yo hubiera huido o tal vez él estaría en la cárcel acusado de secuestro. No en aquel tiempo y lugar.

—¿Se la llevó a la fuerza? ¿No pudo hacer nada?

—Ni siquiera lo intenté, porque me educaron para obedecer.

—No la imagino de esa manera, obediente, sumisa. —David tomó su mano—. Usted tiene mucha fuerza interior y siempre ha sido rebelde y un poco obstinada.

Se quedó callada reflexionando en esos adjetivos que la describían con exactitud.

—¿Por qué eres tan rebelde, y testaruda Cecilia? A veces quisiera rendirme contigo. —Recordó a su hermana, amonestándola por sus travesuras. Ella la describió de esa manera por primera vez cuando era solo una niña. En cambio María siempre fue sumisa y dócil.

Hace mucho tiempo que María había muerto. Lo supo gracias a Henry que la convenció de volver a su pueblo para saber de su familia. Descubrió que a causa de los golpes que recibió de su marido durante su segundo embarazo, habían muerto tanto ella como el hijo que esperaba. La primera hija que tuvo se había ido del pueblo, sola. Un día tomó sus cosas y se alejó de su padre. En su corazón tuvo la esperanza que ella hubiera tenido una mejor vida que su madre.

—Sí. Tienes razón. Soy una rebelde. Entonces no lo sabía, o al menos no entendía que serlo, a veces era una cualidad. Te contaré todo con detenimiento.

El aire fresco del bosque acariciaba su rostro mientras ella contaba su vida sin omitir un solo

detalle. Por momentos David mostraba incredulidad, en otros, sorpresa. Ni siquiera parecían notar las personas que pasaban a su alrededor.

—Así fue mi historia. Alberto no significó nada en mi vida, si acaso el principio de mi despertar como ser humano. Con Rogelio aprendí a dar y recibir cariño, sobre todo, aprendí a amar la libertad. Con Lisandro viví una lucha de poder que nos destruía. No sabíamos amar, eso lo aprendí contigo, el mejor regalo que la vida me dio.

—¿De verdad cree que él hubiera cambiado?

—Eso nunca lo sabremos. Dicen que las personas no cambian, aunque la mujer que yo fui en mi adolescencia, no tiene nada que ver con la mujer en que me convertí. Soy un ejemplo, de que se puede si no cambiar, si evolucionar, ¿no crees?

—No creo que haya cambiado, más bien dejó fluir su interior. Surgió la verdadera Cecilia.

—Tienes razón. Me permití ser.

—Y papá, ¿él que significó para usted?

—Henry me enseñó que es posible amar en libertad. Que se puede aceptar a alguien tal como es. —Suspiró con firmeza—. No hay día que no lo extrañe.

—Yo también. Era un hombre extraordinario. ¿Por qué no tuvieron más hijos?

—Lo deseábamos, aunque no fue posible. Ahora cuéntame de ti ¿Has sido feliz?

—Sí mamá, lo he sido. ¿Sabe por qué? Porque seguí su ejemplo y busqué a alguien que me amara tal como soy. Briella es independiente y con mucha fuerza, igual que usted. El próximo verano vendremos a visitarla. Ambos. Los tres iremos a Jala, a bañarnos en la cascada.

—Ojalá venga Rae también.

—La invitaremos. Sigamos caminando y disfrutando de este lugar fascinante. Vayamos hacia ese arroyo, es hermoso.

Cecilia suspiró imaginando el próximo viaje. Bueno tal vez debía darse la oportunidad de conocer a su nuera. Ninguna de la dos había puesto nada de su parte; era tiempo de hacerlo.

David continuó hablando de su rutina, de sus hijos y nietos. Cecilia supo que ese día comenzaron a redescubrirse como seres humanos, con los cambios que cada uno había tenido. Agradeció por su vida, más allá del dolor o las pérdidas sufridas, más allá de cada cicatriz, agradecía por los seres humanos que se albergaron en su destino, sobre todo su hijo.

De igual manera, agradeció por cada arruga, cada cana, cada marca que la vida le había dejado en el alma. Todo formaba parte de la mujer que era. Dentro de sus cicatrices estaba incrustado el amor que había otorgado, en cada arruga estaba cada experiencia y cada segundo de su vida.

Cecilia acarició la tela de los sillones en un movimiento circular. El color turquesa con motivos naranja de la sala discordaba con su tristeza.

Era una linda casa. Henry y ella habían unido sus ahorros para comprarla un poco antes de su boda, no era una enorme cantidad; no obstante, encontraron esa casa antigua que necesitaba mucha reparación. Juntos lograron convertirla en su hogar poco a poco.

David estaba sentado a su lado en silencio. Él observaba sus movimientos sobre el tapizado. Se levantó y caminó a la ventana. A diferencia de ella, era un joven alto. Él levantó la cortina y observó la calle. Era de madrugada, no había automóviles o personas transitando.

El silencio era absoluto, abrumador, no les permitía escapar de sí mismos. Ella se dirigió a la habitación, prefería sentarse al lado de Henry y percibir su respiración entrecortada, a continuar escuchándose a sí misma.

—Estaré a su lado. Deberías dormir un poco, cielo. Necesitamos guardar nuestras fuerzas para los días venideros.

El chico asintió, caminó a su recámara que se encontraba del lado opuesto a la de sus padres.

—Descansaré un poco. Aunque dudo que pueda dormir. Avísame cuando despierte. Tal vez desee cambiar de posición.

Cecilia entró a la habitación con sigilo. Lo observó dormir, lo haría por un par de horas mientras el efecto de los narcóticos hiciera su trabajo. Luego despertaría por el dolor en su cuerpo en agonía. Una agonía lenta y perturbadora que devastaba, no solo su sistema, sino a cada uno de los habitantes de esa casa.

Recordó aquella noche que había sido invitada a la fiesta de cumpleaños de un vecino. Le pidió a Henry que la acompañara.

Él llegó a su casa unos minutos más tarde de lo acordado. Esa época del año era propicia para iniciar los trabajos de siembra en la tierra que rentaba en Xalisco, Nayarit, así que se entretuvo más de lo pensado. Iba a ser el segundo año que invertía en esa actividad y esperaba el mismo éxito que el anterior.

Habían quedado de ir juntos a la fiesta de cumpleaños de un amigo mutuo. David se quedaría en casa de uno de sus amigos. Todo estaba arreglado para que esa noche fuera especial.

Llevaba un traje azul marino con una corbata en vino y zapatos color marrón, muy distinto al atuendo que llevaba el día que lo conoció. Ella usaba un vestido de chiffon salmón de manga larga, con zapatos color pardo. Las arracadas y la gargantilla dorada combinaban con el tono de sombra en sus ojos. Quien no la conociera, no hubiera pensado que era una mujer cerca de los cuarenta.

—Disculpa el retraso, surgieron algunos detalles que había que arreglar —le explicó contrariado.

—No te preocupes, lo entiendo. El trabajo es importante. ¿Qué te parece? ¿Te gusta cómo luzco?

—No ha habido un momento que no me hayas parecido bellísima, eso lo sabes. Eres una mujer perfecta tal como eres, pero no es tu belleza lo que te define, es tu fuerza, tu valor para enfrentarte a todo. Lo que irradia tu interior va más allá del aspecto físico. Eres diferente y eso es lo que me gusta de ti.

—Gracias. Tú también eres muy especial.

Entraron despacio, el lugar ya estaba abarrotado. Había calculado su discurso; no obstante, la agitación en su mente la mantuvo callada largo rato, buscando las frases correctas. Por momentos estuvo a punto de comenzar, pero alguien se acercaba e interrumpía, o la música le quitaba lo

íntimo a la conversación. La consola reproducía la música del momento, y la atmósfera no la ayudaba en su propósito.

—¿Bailamos? —Le pidió Henry. Ella accedió.

Una canción rítmica, sus sonrisas, sus miradas; separados por el compás de la canción. Un par de canciones, y al fin, las notas del piano cambiaron el ambiente. Una canción romántica los invitaba a abrazarse para seguir el ritmo. Un paso, una vuelta, otro paso, un suspiro y el cantante diciendo las palabras correctas.

—Así es con exactitud —le indicó ella al oído —, como lo dice la canción, quiero tenerte a mi lado siempre y que me digas que me amarás toda la vida. —Él dejó de bailar por un instante, la miró con incredulidad, ella asintió sonriendo—. ¿Te casarías conmigo?

Él rozó sus labios en respuesta, con lentitud, retando al tiempo. Acarició su cabello, besó su rostro, luego volvió a su boca olvidando todo lo que los rodeaba.

—Quiero que tu felicidad se una a la mía, nuestra tristeza, nuestros momentos buenos y los malos. Tu mano en la mía para caminar juntos hacia donde lo decidamos.

—Así será, Cecilia.

La canción continuaba mientras otro beso infinito sellaba su promesa.

Así fue durante catorce años juntos. David lo llamó padre desde el primer día. Solían jugar como dos chiquillos mientras ella los observaba sentada en la sala.

A veces hablaba de su primera esposa y de su primer hijo, con nostalgia, con la cicatriz de ese dolor. Sabiendo que no había nada que pudiera llenar ese vacío, más bien saboreando la nueva oportunidad que les dio la vida para amar.

Un lamento la regresó al instante que estaba viviendo. Pronto despertaría y le tendría que administrar más medicamento. Tomó un pañuelo de la mesita de noche para limpiar el sudor causado por la fiebre que no cedía del todo en su frente. Habían decidido que sus últimos momentos los pasara en casa, junto a ellos. Lo más importante era evitar su sufrimiento.

Cinco meses atrás, comenzaron los mareos, los dolores de cabeza, y la fatiga constante. Al principio los médicos hablaban de una infección viral; no obstante, los sangrados en encías y nariz, los confundía. Comenzaron los análisis, los estudios, consultas, sobre todo la incertidumbre ante lo que sucedía.

Luego llegaron las hospitalizaciones, las transfusiones sanguíneas, la prueba de un medicamento u otro, los diagnósticos equivocados, hasta llegar al dictamen final: Anemia aplásica, una enfermedad poco conocida entonces, y con un pronóstico adverso.

El médico hizo su mejor esfuerzo para explicarles lo que esa enfermedad significaba. Sus palabras iban y venían sin que ellos las comprendieran, con excepción de la parte en la que explicaba que no existía un tratamiento eficaz para esa enfermedad.

—Pero debe haber alguna manera... Algo que pueda probarse —suplicó Cecilia.

—Lo siento. Lo único que podemos hacer, es continuar transfundiéndolo y dándole la medicación, eso logrará que los síntomas mejoren; sin embargo, llegará un momento que eso no sea suficiente.

Ese tiempo llegó, su cuerpo estaba cansado, las transfusiones perdieron su eficacia y cualquier bacteria le provocaba padecimientos severos.

—Fui muy feliz a tu lado. —La asustó escuchar su voz débil que la volvió a la realidad que vivía entonces.

—Yo también Henry. A excepción de mi hijo, nunca antes un hombre me ofreció amor verdadero. Me dejaste ser, me dejaste libre, me amaste por y a pesar de lo que soy, sin intentar

cambiarme. —Besó sus labios con delicadeza.

—Que nada cambie en ti cuando me vaya —hablaba con lentitud—. Te amo.

—Y yo a ti. —Cecilia Tomó su mano y suspiró.

—Quiero ver a David.

—Voy por él.

Cecilia tocó la puerta de la recámara con vacilación, sabía que el muchacho necesitaba descanso, si bien, entendía que no le perdonaría no haberlo despertado para estar con su padre.

—David. ¿Estás despierto?

—Pasa, mamá, dormitaba un poco. ¿Sucedó algo?

—Tu papá quiere verte, aún no le doy su medicina.

Al llegar a su lado, Henry había perdido la conciencia, David se sentó del lado izquierdo y ella a la derecha, observaban su respiración cada vez más lenta.

—¿Qué vamos a hacer sin él?

—Calla, David. Deja que la paz inunde este cuarto. Déjalo ir. No quiero que sufra más. No lo ates a tu dolor. Ya habrá tiempo para nuestro propio duelo.

El chico asintió mientras secaba las lágrimas de sus mejillas. El único padre que conocía. El mejor que la vida pudo otorgarle.

Cecilia dormía cuando Henry volvió a despertar. David estaba esperando ese momento. Sonrió al verlos a su lado.

—David, hijo. Me he sentido siempre orgulloso de estar a tu lado, me hubiera gustado seguir atestiguando tu vida.

—Te extrañaré, papá. Has estado tan cerca de mí todos estos años, a ratos más que mamá. Solo puedo darte las gracias por haberme elegido como hijo.

—Te amo David.

—Lo sé, yo también te amo. Queda tranquilo que aquí solo dejas buenos recuerdos.

Cecilia despertó en ese instante. Observó a su hijo besar la frente de su padre, atestiguó su esfuerzo para no llorar.

—¿Necesitas tu medicina, Henry?

—No, Cecilia. No ahora. Quiero estar consciente unos momentos y mirar sus rostros. Sentir sus manos.

Estaba muy débil. David colocó su pulgar en su muñeca sintiendo el lento latido de su corazón. Se quedaron mirando en silencio, luego sus párpados se cerraron poco a poco, como si le pesaron, su respiración se fue cortando y sus latidos eran cada vez más espaciados. Lento muy lento, cada latido costaba cada vez más, hasta que la sangre dejó de fluir y el chico sintió el último latido.

Entonces sus lágrimas se liberaron, las de ambos. Era el momento de su duelo, de llorar junto al cuerpo del hombre que les había enseñado lo que era el amor de un hombre y el amor de un padre.

Capítulo XI

“Ignoro lo que puedavenir, pero lo que venga lo recibiré riendo.”. Herman Melville

Los nuevos colores de la pintura de la casa de Cecilia Dorantes habían cambiado la atmósfera por completo. Se sentía renovada, aún con los viejos muebles y adornos. El color azul celeste y ostión contrastaban con los sillones. En los últimos años, la había descuidado. Esto iba a cambiar en definitiva.

David y Leonardo habían pintado las paredes antes de que el primero regresara a su casa. Las sugerencias de decoración de Rae fueron todo un éxito. Ella sonrió, esa chica de verdad había revuelto su vida, hasta devolverle la energía a su espíritu.

Lo primero fue la pintura, luego seguiría con las cañerías, los pisos y los techos. No permitiría que la vivienda continuara envejeciendo a la par que ella misma. Cuando ya no estuviera más, ese espacio sería el símbolo de su espíritu. Un espíritu que no se dejó vencer con facilidad.

Los días con David en el bosque de Talpa y después en la playa la habían llenado de fortaleza. Al regreso, llegaron a San Blas como él lo había prometido. Recordó con nostalgia las veces que los tres visitaron el lugar.

Rogelio le había prometido llevarla a conocer el mar, Lisandro, llevarla por el mundo. Conoció el mar sola, al llegar a Nayarit, y no había salido antes del país. A pesar de la edad, aún tenía planes que cumplir.

Cecilia Dorantes se colocó máscara en sus pestañas, no demasiada, no poca, lo suficiente para hacerla sentirse bien consigo misma. Un poco de labial. Su cabello corto era fácil de controlar.

Había optado por ponerse la blusa color roja con detalles bronce que había comprado una semana atrás y el pantalón azul índigo que tanto le gustaba, se colocó unos aretes y el collar huichol con los mismos tonos de su atuendo y los tenis color menta.

Se sentó en el sofá, metió su meñique en el hoyo de siempre, haciendo círculos pequeños. Encendió el televisor y enseguida apretó el botón de silencio. Dos mujeres y dos hombres famosos, discutían sentados a la mesa. Eran lindas, aunque hacían demasiados gestos con su boca, arruinaban su rostro. Apagó el televisor.

Caminó hacia la puerta. Uun, doos, uuun, doos. De nuevo la balada cursi de sus pasos. Sonrió. Escuchó un golpeteo en la puerta que abrió de inmediato sorprendiendo a Leonardo.

—Hola abuela. ¿Estabas parada en la puerta esperándome?

—Algo así, *m'ijo*

—Y está lista, ¿verdad?

—Por supuesto.

—Solo cerraré el tanque de gas y verificaré que cada puerta esté bien cerrada.

Cecilia iba a explicarle que ya lo había hecho ella misma. Sonrió de nuevo, no creía necesitarlo, con todo, le agradó sentirse protegida por su nieto.

—Todo está en orden. —Regresó sonriente—. ¿Solo llevarás una maleta? Con lo que amas la ropa, imaginé que llevarías mucha contigo.

—Me gusta la ropa, pero la prefiero recién comprada. Tengo mis ahorros, con lo de la renta de la tienda de antigüedades y el dinero que siempre me han enviado todos ustedes, mis ahorros son

sustanciosos.

—Eso es bueno. —Leonardo tomó el equipaje con la mano izquierda y le ofreció su brazo derecho para escoltarla hasta el automóvil—. Debemos darnos prisa abue, tenemos que llegar dos horas antes al aeropuerto.

—Estoy más que lista. —Ella tomó el brazo que le ofrecía su nieto.

Leonardo cerró la puerta con doble llave y luego ayudó a su abuela a subir al taxi que los esperaba.

—El vuelo a México sale a las doce, llegando tendremos que esperar unas horas para tomar otro a San Francisco. Allá nos estará esperando papá para recogerlos y llevarnos a casa. Espero no se canse mucho.

Cecilia frunció el ceño y Leonardo abrió los ojos esperando el regaño.

—No me subestimes, Leo. Tengo más fuerza de la que imaginas. Estaré en casa de tu padre solo unos días. Luego Rae y yo volaremos a Toronto. Siempre soñé conocer Canadá, desde que vi imágenes en los libros de Rogelio, mi primer esposo.

—Es fabuloso. Ya lo verá. Lo que me encanta es pasar nuestro primer día de gracias juntos.

Cecilia imaginó el bullicio que sería estar con una familia numerosa, sonrió, dispuesta a experimentar cosas nuevas.

—Fabuloso, no lo sé, diferente, eso es definitivo. ¿Sabes? Ya estoy planeando el viaje del próximo año. Conoceré Francia.

—¿Irás a Europa? ¿Con Rae?

—No a toda Europa. Quiero visitar Francia, todas sus ciudades. No me gustaría estar en un país y luego en otro, quiero disfrutar solo un país a la vez. ¿Con quién? Con quien quiera, o sola, ¿Te gustaría ir conmigo?

—Suenan interesantes abuela. Creo que lo pensaré.

Cecilia volteó a ver la calle. Su casa había quedado cuerdas atrás. Recordó el viaje a caballo que la había alejado de su pueblo. Si bien, esta vez, viajar era su decisión, y volvería a su hogar. Después de todo, necesitaría regresar a su arraigo antes de tener otro poco de aventura.

NOTA DE LA AUTORA

Alguna vez leí que escribir es una tarea solitaria; sin embargo, no lo es para mí. Cuando escribo, me acompaña cada uno de mis personajes, los cuales cobran vida a través de sus diálogos y pensamientos con los que se van hilando sus historias. De la misma manera, están esas voces que van a mi lado expresando sus ideas, o correcciones que me ayudan a crecer en mis narraciones, Alia, Trinidad, Elena, Rosalba, Adriana y Alexis.

Cecilia es un personaje muy complejo que me costó mucho tiempo delinear. Poco a poco se volvió entrañable. Espero lo hayas disfrutado tanto como yo al crearlo.

Me encantaría conocer tu opinión de esta historia.

Puedes contactarme en:

facebook.com/delamorymas/

twitter.com/MyrnadelCarmenF

www.instagram.com/del_amorymas/

También puedes leer otras de mis historias:

[La Tía Amelia](#)

[*Inmutable transformación*](#)

[Blog](#)

Ilustración de portada: Cinthia Urie

<https://cynthiaurie.wixsite.com/cynthiaurie>

<https://www.instagram.com/cynthiaurie/>

<https://www.behance.net/cynthiaurie>